

LAIA SINCLAIR

Nunca dejes de soñar

**Mientras
estás sola**

Rancho Triple K

Contemporánea



Contenido

[Portadilla](#)

[Información](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Dirtybooks](#)

Nunca dejes de soñar

**MIENTRAS
ESTÁS SOLA**

Laia Sinclair

SweetyStories

©Laia Sinclair 2017

© para esta edición DirtyBooks Sweetystories
<http://sophiewestautora.wix.com/sweetystories>

Diseño editorial DirtyBooks
<http://sophiewestautora.wix.com/dirtybooks>

Primera edición mayo 2017

Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibida la difusión. Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

Prefacio

La soledad no es mala si has escogido libremente vivir así tu vida, pero cuando te la han impuesto por culpa de la incomprensión de tu familia y allegados; cuando es lo que soportas porque el hombre que creías que era toda tu vida, te abandona; cuando no te queda más opción porque todo el mundo se aleja de ti, entonces, es lacerante.

Mi vida no ha sido un camino de rosas. No soy lista, ni guapa, ni divertida, ni interesante. Soy una mujer del montón, de las que nadie mira dos veces, de las que nunca levantan pasiones. Por eso, cuando con quince años Justin se fijó en mí, no pude creerlo. Él era guapo, popular en el instituto, capitán del equipo de rugby, y todas las chicas andaban locas por él. Yo era virgen en todos los aspectos, ni siquiera me habían besado alguna vez. Justin fue el primero, en todo.

Tenía dos años más que yo, y cuerpo de hombre. Era alto, ancho de hombros, con el pelo rubio que brillaba al sol como si fuese de oro, unos ojos cálidos, como chocolate derretido, y la piel morena por culpa de todas las horas que se pasaba al sol, entrenando. Sus manos eran grandes pero suaves cuando me acariciaban, y su voz, cuando me hablaba muy bajito al oído, hacía que mi piel se erizara y deseara entregarle todo.

Iba dos clases por delante, y siempre estaba rodeado por las animadoras. Por eso, cuando un día se acercó en el pasillo del instituto y me invitó a su fiesta, creí que se estaba burlando de mí. Pero aquel sábado, a la seis en punto, estaba con su coche ante la puerta de mi casa, esperándome.

Fue el inicio de una historia que yo creí maravillosa pero que, dos años después, se reveló una auténtica pesadilla para mí.

Justin ya estaba en la universidad. Yo permanecía todavía en Cascade, en mi último año en el instituto. Deseaba terminar de una vez para poder irme a vivir con él. El plan era que yo iba a trabajar mientras él terminaba la carrera; después, cuando él ya estuviera establecido, me tocaría a mí estudiar. Pero mi embarazo lo echó todo al traste. O, mejor dicho, me obligó a abrir los ojos ante la verdadera personalidad del que creía que era el hombre de mi vida.

—¿Que estás embarazada? —me dijo gritando por teléfono cuando se lo dije. Estaba realmente furioso—. ¿Cómo has podido permitir que pasara algo así? ¿Es que has dejado de tomar las pastillas?

No, no había dejado de tomarlas, pero había estado enferma con un inicio de pulmonía y el médico me había recetado antibióticos. Yo no sabía que estos podían restarle eficacia a los anticonceptivos y, cuando Justin había venido el

fin de semana a Cascade e insistió en hacer el amor aunque yo no estaba todavía bien del todo, no fui consciente de que corría el riesgo de quedarme embarazada. Cedí, como siempre, porque él era el amor de mi vida y mi misión era hacerlo feliz; así que a pesar de que no deseaba hacerlo, de que todavía tenía décimas de fiebre y dolor de cabeza, dejé que se desahogara en el coche.

En aquel entonces todavía era muy niña e inocente, a pesar de tener diecisiete años. ¡Sabía tan poco de la vida! No me daba cuenta de su egoísmo, ni de que yo realmente no le importaba nada. Bebía los vientos por él, y era capaz de hacer cualquier cosa, ¡cualquier cosa! por hacerlo feliz. Me sentía orgullosa cada vez que me decía «buena chica», y terriblemente mal cuando yo intentaba negarle algo y él me acusaba de haber dejado de amarlo. Era convincente, con su mirada triste y su voz rota. Me manipulaba como quería, y yo ni siquiera me daba cuenta.

Mis padres no me ayudaban en nada, con su estricta moral religiosa y sus sermones constantes. «La mujer fue creada para el hombre, para servirle de solaz y reposo». Esa era la frase preferida de mi padre, que le repetía a mi madre constantemente, y me inculcaba a mí. Crecí creyendo que mi único objetivo en la vida era hacer feliz al hombre que me estaba destinado; y, en aquel entonces, estaba convencida de que Justin era ese hombre. Por eso acepté su primer beso cuando sus labios me lo exigieron, en aquella primera fiesta. Por eso me entregué a él dos meses después, a pesar de que yo no estaba preparada para ello. Y seguí haciéndolo cada vez que me requería, a pesar de que para mí era molesto y doloroso, y de que nunca, jamás, supe qué era el placer con él. Esa fue la causa de que empezara a tomar las pastillas anticonceptivas que él me suministraba, y que nunca supe de dónde sacaba, porque, decía, no le gustaba usar condón. «Me gusta sentir tu coño caliente alrededor de mi polla cuando te follo, nena —me decía, haciéndome sentir sucia, como si fuese una cualquiera—, y no una puta goma de látex».

Cuando me acuerdo de esa época, me pregunto cómo pude llegar a ser tan estúpida. Cómo pude permitir que lo que yo creía amor, me cegara hasta el punto de no darme cuenta de que Justin solo me estaba utilizando. Tenía a su disposición a una muchacha bien dispuesta a esperarlo en casa cuando se fuera a la universidad, y a trabajar para mantenerlo mientras él estudiaba (su familia, como la mía, no nadaba precisamente en la abundancia); a satisfacerlo siempre que él lo exigía, sin protestar. Ese era su plan, que yo trabajara como una esclava para mantenerlo mientras él seguía estudiando.

Ni siquiera me enfadé cuando, a las pocas semanas que se fuera, una conocida que estudiaba en la misma universidad que él, me dijo que lo había

visto enrollarse con una chica en una fiesta. ¡Cómo podía enfadarme! Él era un hombre, tenía unas necesidades y yo no estaba allí para poder satisfacerlas. Además, en la universidad había mucha golfa suelta, y Justin solo era un hombre propenso a caer en el pecado. Aquello, lo único que hizo, fue reafirmarme en la necesidad de ir junto a él cuanto antes.

¡Qué estúpida era! Cuando supe que estaba embarazada, creí que aquello lo haría feliz. ¡Íbamos a formar una familia! Sí, iba a ser una complicación, pero lo superaríamos. Nos casaríamos, yo me quedaría en Cascade mientras él estudiaba, para cuidar de nuestro pequeño, y nos reuniríamos más adelante. Él seguiría viniendo algunos fines de semana para vernos, y pasaría las vacaciones entre semestres con nosotros. No sería perfecto y tendríamos que hacer algunos sacrificios, pero todo valdría la pena.

—Tienes que abortar. Ya.

Sus palabras me dejaron helada. ¿Abortar? ¿Cómo podía decir algo así?

—¡No! —grité, sorprendida—. ¡No puedo hacer algo así! Es una vida que está creciendo en mi interior y...

—Es un maldito error al que le vas a poner remedio, Elsa. —Su voz, dura y fría, se me hizo irreconocible—. Si te empeñas en tenerlo, lo vas a estropear todo. Yo no puedo hacerme cargo de un niño ahora.

—¡Pero Justin! No tienes que preocuparte, cariño. Una vez que nos hayamos casado, yo me quedaré con mis padres. Mi madre me ayudará con todo, y tú podrás seguir estudiando.

—¿Casarnos? ¿Estás loca? El plan era que tú trabajarías para que yo pudiera dejar de hacerlo y concentrarme en mis estudios. ¿Cómo pretendes hacer eso si tienes que ocuparte de un mocosito? ¿O es que pretendes que yo siga trabajando y estudiando mientras tú te quedas tranquilamente en casita sin dar golpe? ¿Sabes lo difícil que es eso? ¿Lo cansado que voy siempre? No, de eso nada. Vas a abortar, o todo habrá terminado entre nosotros.

—¿Cómo...? ¿Cómo puedes decir algo así? —susurré, viendo que el mundo a mi alrededor se estaba desmoronando—. No puedes dejarme, me quieres...

—¿Quererte? —se rio, haciendo que mi corazón se rompiera en mil pedazos, triturado por sus palabras—. Nunca te he querido, mujer tonta. Tienes un buen polvo y eres buena en la cama, aunque eso es mérito mío por haberte enseñado a hacer lo que me gusta. Pero puedo sustituirte por otra chasqueando los dedos. Si quieres seguir siendo mi chica y que nuestros planes sigan adelante, deshazte de eso. Ya lo sabes.

Colgó, dejándome en un estado de shock en el que no era ni capaz de llorar. Para vergüenza mía, lo pensé. Pensé seriamente en abortar, en quitarme

de encima a ese ser que estaba creciendo en mi interior y por culpa del cual estaba a punto de perder al amor de mi vida. Lo medité durante días, terriblemente asustada por el futuro tan desolador que se abalanzaba sobre mí, como un monstruo con las fauces abiertas dispuesto a engullirme. Los días pasaron, mi tripa iba creciendo, y mi madre lo supo sin necesidad de que yo se lo contara. Llevaba cuatro meses sin tener la menstruación, no necesitó nada más para imaginárselo, y cuando me lo preguntó, no pude mentir.

Mi mundo acabó de derrumbarse. Mis padres, tan religiosos, tan preocupados por el pecado ajeno, se pusieron de parte de Justin. También quisieron que abortara.

No sé si fue su hipocresía lo que me ayudó a tomar la decisión, pero fue entonces cuando supe que no iba a hacerlo. Dios me había enviado a ese pequeño ser que dependía completamente de mí, y no iba a fallarle.

Me negué, mis padres me repudiaron, echándome de casa, y me vi con diecisiete años, embarazada, en la calle y completamente sola. No supe qué hacer, totalmente aturdida y asustada, y sin saber cómo acabé dentro de la pequeña iglesia a la que acudía cada domingo junto a mis padres. El reverendo Watson estaba allí y él fue mi salvación. Me acogió aquella noche en su casa, e intentó que mis padres me volvieran a recibir en la suya, recurriendo a su sentido de caridad cristiana. No funcionó. Pero consiguió que me admitieran en una casa para muchachas descarriadas que una parroquia de Templeton mantenía con donaciones, y allí viví hasta que mi hijo Miki cumplió un año.

En ese tiempo aprendí muchas cosas. Abrí los ojos al mundo real, endurecí mi corazón para que no volvieran a romperlo, y decidí que, a pesar de todo, no permitiría que aquella experiencia me convirtiera en una persona amargada. Pero, desde luego, nunca, jamás, me iba a permitir enamorarme de nuevo.

Pero no contaba con cruzarme con Charlie Kavanagh.

Capítulo uno

La primera vez que vi a Elsa Lidiuk fue por las calles de Cascade. Yo había ido a hacer unos recados para Clara, que entonces trabajaba de cocinera en el rancho (antes de enamorarse de Kaden, mi jefe, y casarse con él). Ambos estábamos en la cola del supermercado y no pude evitar fijarme en ella. Me llamó la atención su pelo castaño, largo hasta la cintura. Parecía muy suave y tuve la tentación de alargar la mano y hundir las manos en él. Qué estupidez, ¿no? Me extrañó no haberme fijado en ella antes. Cascade es un pueblo relativamente pequeño, con pocos lugares para ir a relajarse y tomar una cerveza en compañía de los amigos, pero a ella no la había visto nunca. Una chica joven como ella, tenía que divertirse, ¿no? Entonces, ¿por qué no la había visto hasta aquel momento?

Pocos minutos después, la oí hablar con la cajera. Esta le estaba preguntando por su hijo, y sin saber por qué, tuve una gran decepción. Si tenía un hijo, era lógico suponer que estaba casada, y eso me amargó el resto del día.

No volví a pensar en ella hasta semanas después, cuando empezó a venir dos veces por semana a ayudar a Clara con las cosas de la casa grande. La vi de refilón un par de veces, pero me mantuve apartado porque seguía creyendo que estaba casada. Ni siquiera se me ocurrió preguntarle a Clara por ella. Estábamos en pleno verano, con todo el trabajo que eso implica, y cuando terminaba el día a duras penas tenía fuerzas para hacer algo más que arrastrarme hasta mi casa y dejarme caer en la cama para dormir.

Pero cuando Clara y Kaden se casaron al final de ese verano, Elsa vino a ocupar su lugar como cocinera y asistente. Se vino a vivir a la casa grande con su pequeño hijo Miki, y se instaló con él en el dormitorio que hasta aquel momento había ocupado Clara. Estaba claro que no había un señor Lidiuk de por medio, y aquello me dio una extraña sensación de alegría.

Nunca he sido un hombre enamorado, aunque tampoco he tenido miedo de enamorarme y en el fondo, soy un romántico. Mis padres son el claro ejemplo de que el amor triunfa, siempre que los implicados se empeñen en salvar todos los obstáculos que el destino (y las personas) pongan en su camino.

Mi madre es medio india, y se crió en una reserva. Nunca fue feliz allí y se marchó en cuanto fue mayor de edad. Entró a trabajar en la oficina de la fábrica en la que mi padre era (y sigue siendo) operario, se enamoraron, se

casaron y siguen juntos después de treinta años. Han sido felices, y creo que los únicos disgustos se los he dado yo. Ellos son un ejemplo para mí, y por eso mi lado romántico siempre ha esperado encontrar a la mujer perfecta para mí, aunque tampoco es algo que me haya quitado el sueño. Quiero decir, que es el amor el que nos encuentra, ¿no? y no al revés. Por mucho que uno se empeñe en buscar y se desespere, el amor no aparecerá hasta que sea el momento.

Y así fue. Porque el día que crucé mis primeras palabras con Elsa, supe qué era esa extraña alegría que sentía las pocas veces que me había cruzado con ella. Era amor. Fulminante. Instantáneo. Brutal. Lo reconocí por los síntomas sobre los que mi padre hablaba cuando nos contaba, a mis hermanos y a mí, su experiencia al conocer a nuestra madre. Cosquillas en el estómago. Aceleración del pulso. Sudor. Dificultad para respirar. La necesidad de rodear su talle con mis brazos como si fueran un cepo, para atraparla y no dejarla escapar. El picor en mis dedos por hundir las manos en su pelo. Y otras más que mi padre no mencionó, como el deseo casi tiránico de tenerla desnuda bajo mi cuerpo y de hundirme en su interior.

Sí, aquellas fueron las señales que yo interpreté, sin dudarlo, como un enamoramiento instantáneo y fulminante. Pero cuando vi sus ojos, semejantes a los de un cervatillo asustado, supe que tenía ante mí un largo viaje hasta conseguir que ella también me amara.

La primera vez que vi a Charlie, fue el día en que Clara nos presentó. Era mi primer día en el rancho Triple K como cocinera y criada, puesto que hasta aquel momento había desempeñado la misma Clara. El otoño estaba en su máximo esplendor, yo acababa de mudarme allí con mi hijo Miki, de siete años, y ella me estaba enseñando la casa que pasaba a estar a mi cargo.

Estábamos en la cocina cuando él entró y saludó a Clara con una sonrisa. Me quedé paralizada porque me pareció el hombre más guapo que había visto nunca, y he de admitir que los tres hermanos Wescott, los dueños del rancho, lo eran. Pero ninguno tanto como él.

Me fijé en sus ojos, de un azul oscuro, como si hubiese una tormenta gestándose en ellos constantemente. Tenía el pelo rubio, con destellos rojizos, pero la piel aceitunada. Sonreía de una manera franca y abierta, mostrando unos dientes cuidados y perfectos. Su mentón, algo afilado, me dijo que era un hombre con una gran determinación. Me gustó, y cuando Clara nos presentó y nos dimos la mano, una energía electrizante me recorrió todo el cuerpo.

Aquello me asustó, porque la única vez que había sentido algo así, había sido con Justin.

Retiré la mano de prisa y sonreí con timidez, queriendo desaparecer en aquel mismo momento.

—Es un placer conocerte —me dijo, y su voz, profunda, me acarició como si fuera de terciopelo, provocándome un temblor que me llegó hasta los huesos.

—Lo mismo digo —contesté por educación.

Clara y él hablaron durante unos instantes, pero él no me quitaba los ojos de encima. Me sentí nerviosa y con ganas de escapar. Incluso estuve a punto de usar a mi hijo como excusa para irme de allí, pero recordé a tiempo que estaba en el colegio o hubiese quedado como una tonta.

Charlie se fue casi inmediatamente, y Clara se me quedó mirando, con los ojos entrecerrados, y una sonrisa ancha acabó ocupando su rostro.

—Es guapo, ¿verdad? —me dijo como si comentara algo sobre el tiempo—. Y también es un buen tío. De fiar.

—Ningún hombre es de fiar —contesté yo. En aquel momento era lo que pensaba. Justin me había hecho sufrir demasiado, y las historias de las mujeres que conocí en la casa de acogida, me habían hecho creer que no había ni un hombre bueno sobre la faz de la tierra.

—En eso te equivocas —me contestó ella—. Elsa, no dejes que tu mala experiencia con el padre de tu hijo, te impida la posibilidad de ser feliz. Charlie es un buen hombre y, como él, hay muchos.

Yo me encogí de hombros, pero no la creí. ¿Cómo iba a hacerlo? Mi experiencia había sido tan cruel, que pensar que todos los hombres eran malos era una manera eficaz de protegerme contra ellos y el dolor. No quería volver a caer en la misma trampa, enamorarme y dejar que un hombre dirigiera mi vida sin que yo le importase de verdad. Era más fácil para mí concentrarme solo en cuidar de mi hijo, sola, dejando de lado todo lo demás.

Sí, envidiaba la felicidad de Clara, que era evidente. Y el modo tan cariñoso que tenía Kaden de cuidar de ella. Era obvio, hasta para mí, que la amaba y que ella era lo principal para él. Pero yo no tenía fuerzas para exponerme de nuevo a que me rompieran el corazón; por eso, al principio, me cerré en banda a la amabilidad de Charlie para conmigo y mi hijo Miki. Incluso me molestaba un poco que dedicara tiempo para jugar con él, y que se quedara cuando el día terminaba para ayudarlo con los deberes mientras yo me ocupaba de mis obligaciones en la casa del rancho. Pero lo que más me molestaba, era que se lo llevaba a los establos.

Miki siempre ha tenido fascinación por los caballos, pero no es un niño

con una salud de hierro. Tiene fuertes y frecuentes ataques de asma, y tiene prohibido cualquier tipo de actividad física que requiera un esfuerzo. Nunca he tenido problemas con eso, porque Miki ha sido siempre un niño sosegado con preferencias por los juegos tranquilos, pero siempre ha sentido fascinación por los caballos, algo que se agudizó profundamente cuando llegamos al rancho y Charlie empezó a llevárselo con él a los establos.

Una vez discutí con él por eso.

Miki había pasado por una crisis muy dura a consecuencia de un resfriado. El invierno siempre es muy duro para él, pero por mucho cuidado que yo ponga, siempre acaba enfermado. Aquella vez habían sido tres días con sus tres noches, y acabé teniendo que llamar al doctor porque ninguno de los medicamentos que normalmente le doy, hicieron efecto. Al día siguiente Miki estaba mucho mejor. Había conseguido dormir bien durante toda la mañana y, por la tarde, mientras yo estaba ocupada haciendo la cena, el muy majadero se escapó para ir a reunirse con Charlie en el establo.

Sabía que lo más importante para Elsa, era su hijo Miki. Toda su vida estaba centrada en él, y si yo quería tener alguna oportunidad con ella, debía demostrarle que también lo sería para mí, si me daba la oportunidad. Por eso me acercaba a él siempre que podía, jugaba con él, lo llevaba hasta los establos para que pudiera verme cuidar de los caballos y lo ayudaba con los deberes.

Dicen que el camino hacia el corazón de un hombre, pasa por su estómago. Pero el camino hacia el corazón de una madre, pasa por sus hijos.

Recuerdo que una vez le pregunté a mi madre que a quién quería más, si a papá o a nosotros, sus hijos. En aquel momento, su respuesta me desconcertó. «Por tu padre, moriría. Pero por vosotros, mataría». No lo entendí hasta mucho después, cuando ya era adulto. Una madre, por sus hijos, es capaz de hacer cualquier sacrificio; por eso, si quieres ganarte su corazón, has de demostrarle que tú también eres capaz de sacrificarte por ellos.

Aunque para mí, pasar ratos con Miki no era un sacrificio. Siempre me habían gustado los niños, y el hijo de Elsa, con solo siete años, tenía una mente perspicaz y muy activa. No paraba de hacer preguntas sobre cosas del rancho, pero su tema preferido eran los caballos. Fue claro para mí que los equinos lo fascinaban tanto como a mí de niño, así que contestaba todas sus preguntas igual de entusiasta que él.

Aquella tarde no creí que viniera. Estaba resfriado y había pasado una noche mala por culpa de una crisis asmática. Elsa tuvo que llamar al doctor

para que le pusiera una inyección, y pensé que el chico estaría en cama, descansando.

Pero me equivoqué.

Cuando entré en el establo al atardecer, me estaba esperando allí.

—¡Miki! ¿Ya sabe tu madre que estás aquí? —le pregunté. Estaba convencido de que no era así.

—¡Claro! —me contestó, sonriendo—. Me ha dejado venir un ratito.

Lo miré entrecerrando los ojos, nada convencido. Incluso estuve a punto de cargarlo sobre mis hombros y llevarlo de vuelta a la casa, pero su mirada era tan franca y limpia, que me pareció imposible que me estuviera mintiendo.

—Está bien. ¿Me ayudas a cepillar a Bronco?

Bronco es mi caballo, un *appaloosa* blanco moteado en negro, castrado y muy tranquilo. Por eso le permití acercarse a él y lo subí sobre mis hombros para que pudiera cepillarlo. El crío parecía tan feliz, que no pude evitar subirlo sobre el lomo y darle una vuelta por el establo, sin salir al exterior.

—Charlie, ¿me enseñarás a montar algún día? —me preguntó entre risas de felicidad. Iba agarrado de las crines, y sus pequeñas piernas no paraban de moverse.

—Te caerás si haces eso —le dije—. Tienes que sujetarte con las piernas, apretándolas contra el caballo.

—No puedo. ¡Es muy grande!

—Sí que puedes. Aprieta con las rodillas, mocoso —le dije, y él se rio porque le hacía mucha gracia que yo lo llamara así.

—¡Pero no me has contestado! ¿Me enseñarás? ¿Eh? ¿Eh? ¿Lo harás?

—¿Qué te ha dado hoy tu madre de comer? —me reí—. Estás lleno de energía.

—Macarrones. ¿Lo harás? —insistió.

No era una pregunta con una respuesta fácil. Por supuesto que a mí me hubiera encantado decirle que sí, aunque no estaba muy convencido de que su madre lo permitiera. Por eso cogí el camino fácil, el que me llevó al desastre.

—Eso no depende de mí. Ya veremos qué dice tu madre, ¿vale?

En mala hora. Debería haberle dicho que no, que todavía no estaba preparado, que quizá más adelante... podría haber usado mil excusas para negarme, pero escogí una que a mí no me comprometía, pero que ponía toda la responsabilidad en los hombros de su madre. Lo que me llevó a un enfrentamiento que podía hacerme más mal que bien.

Estaba en la cocina, preparando la cena, cuando oí a mi hijo entrar como una tromba por la puerta principal y entrar como un huracán en el salón en el que la familia se había reunido con Mac, el *sheriff* de Cascade, y Nita, la nueva ayudante. Yo creía que mi hijo estaba en la cama donde lo había dejado un rato antes, descansando y recuperándose del resfriado. Pero no.

—¡Tía Clara! ¡Tía Clara! ¡Charlie me ha dejado montar en su caballo! ¡Y dice que cuando llegue la primavera, me enseñará a montar si mamá me da permiso! ¿Crees que me lo dará? ¿Eh? ¿Eh? —estaba gritando a pleno pulmón.

Me limpié las manos con un paño y salí de la cocina, decidida a darle un buen tirón de orejas a este niño desconsiderado y revoltoso.

—Michael Lidiuk, ¿se puede saber de dónde vienes? —le pregunté al entrar en el salón, poniendo los brazos en jarras y mirándolo con severidad. Se me encogió el corazón cuando vi que, al girarse para mirarme, la alegría que había en sus ojos un instante antes, desaparecía para ser sustituida por la tristeza.

—Hola, mamá —susurró cabizbajo—. He estado con Charlie. —De pronto, se le volvieron a iluminar los ojos—. ¡Me ha dejado subir a su caballo un ratito! ¿No es genial? ¡Y no me ha pasado nada!

—¿Y quién te ha dado permiso para levantarte de la cama? Has estado con fiebre durante cuatro días, y tuvo que venir el doctor por tus ataques de asma. ¿Y a la que me doy la vuelta, te escapas y sales a la nieve?

—Lo siento, mamá, pero ¡ya me encuentro bien! ¡Y me aburría mucho!

—Vete a la cama ahora mismo, jovencito, y reza para que pases una buena noche o estarás castigado durante el resto de tu vida. —Miki abandonó el salón, cabizbajo y triste. Se me rompía el corazón al tener que ser tan severa con él, pero solo tenía siete años y no era consciente del peligro real que corría con cada crisis asmática. Mi hijo podía morir.—. Lo siento mucho. No me gusta tener que reñirlo delante vuestro, pero es que...

No pude terminar la frase. Me llevé el puño a la boca para ahogar el sollozo que estaba a punto de salir de mi garganta, y me fui detrás de Miki.

Lo alcancé en nuestras habitaciones. Era como un pequeño apartamento dentro de la casa grande, con un dormitorio que ahora compartíamos mi hijo y yo, un baño completo, y un pequeño saloncito con sofá y televisor, y que tenía una ventana por la que entraba mucha luz y daba al jardín trasero de la casa, donde estaba la piscina.

Miki estaba enfurruñado, sentado en el sofá, con los brazos cruzados. Una lágrima solitaria se deslizaba por su mejilla. Se me volvió a romper el corazón. Parecía que yo era una especie de ogro que solo se dedicaba a fastidiarle la vida, pero lo único que quería era que viviera para ser feliz. ¡Qué

no daría una madre por su hijo!

—Miki, cariño...

—¡No quieres que monte a caballo! ¡No quieres que en el colegio, juegue en el patio con los otros niños! ¡No puedo correr, ni saltar, ni nada! ¡Te odio!

No pude evitarlo. Me senté a su lado, abracé con fuerza su pequeño cuerpecito contra el mío, y me eché a llorar.

Siempre he evitado hacerlo delante de él. Siempre he hecho de tripas corazón para que él no me viera nunca triste, ni apenada, ni preocupada. Con cada crisis que tenía, cada vez que se ponía enfermo, aguantaba estoica hasta que todo había terminado. Entonces, cuando él ya estaba bien y dormía, solo entonces, me permitía esconderme en el baño y derrumbarme para sollozar en silencio.

Pero aquel día no pude contenerme. Todavía estaba agotada y furiosa por la tremenda injusticia que suponía que un niño tan pequeño sufriera tanto. La gente cree que el asma es una tontería, que se soluciona siempre con un simple inhalador y ya está. Pero cuando el ataque es grave, un simple inhalador no sirve para nada y Miki puede morir, o tener severas consecuencias.

—Cariño, lo siento —le dije sin soltarlo a pesar que él intentaba deshacerse de mí—. Lo siento mucho.

Miki se quedó quieto, y me devolvió el abrazo.

—¿Estás llorando, mamá? —preguntó, preocupado—. No quiero que llores. Seré bueno. No volveré a hacer una travesura, ni a escaparme para ir al establo. Y ya no quiero aprender a montar a caballo. Te lo prometo. Pero no llores.

Me rompió el alma cuando oí la preocupación en su voz rota. Durante un segundo tremendamente egoísta, pensé en aprovechar la situación para hacerlo sentir culpable y que no volviera a insistir en el tema. Pero, ¿cómo podía hacerle algo así? Solo era un niño, y no podía. Adoraba los caballos. Nunca lo veía tan feliz como cuando volvía del establo acompañado de Charlie, cogido de su mano o montado en sus hombros.

—Escúchame bien, Miki. No te prohíbo que vayas al establo, ni que aprendas a montar a caballo —le dije intentando que mi voz sonara calmada—. Solo quiero que comprendas que has de ir con cuidado, y que ahora, con tanto frío, no es bueno que estés allí. Has de cuidarte, o volverás a caer enfermo.

—Entonces, ¿podré aprender?

Me miró con sus grandes ojos del mismo color que los de su padre, como chocolate derretido, esperanzado.

—Cuando llegue el verano, si Charlie tiene tiempo, y si me prometes que no te cansarás. Sabes lo que ocurre cuando te cansas.

—Sí, mamá. Que me ahogo.

—Exacto.

—¡Te lo prometo! —exclamó, olvidadas las lágrimas y el enfado.

—Muy bien, cielo mío. —Le revolví el pelo y le di un beso en la frente—. Te quiero mucho, Miki. Solo quiero lo mejor para ti.

—Lo sé, mamá.

—Y precisamente por eso, ahora mismo te pondrás el pijama y te echarás en el sofá para descansar y ver la tele un ratito hasta que te traiga la cena, ¿de acuerdo?

—¡Vale!

Salió corriendo hacia nuestro dormitorio y salió al cabo de pocos segundos arrastrando su pijama del pato Donald. Intenté ayudarlo, pero me miró con suficiencia y me dijo:

—Mamá, tengo siete años. Sé vestirme solo.

—Muy bien, hijo. Entonces, yo vuelvo a la cocina. Prométeme que te tapparás con la manta.

—Prometido.

Asentí, feliz por haber sorteado la crisis, y me disponía a volver a la cocina cuando me hizo una pregunta que no supe cómo responder:

—Mamá, ¿tú crees que Charlie querría ser mi papá?

El color abandonó mi rostro y salí sin contestarle. ¿Qué podía decirle? Me enfurecí mucho con Charlie. Todo esto era culpa suya. ¿Quién se creía que era? No podía consentir que llenara la cabeza de Miki con absurdos sueños, y estaba más que dispuesta a hacérselo comprender a gritos si era necesario.

Maldito fuese.

Cogí mi chaqueta y salí de la casa. Afuera hacía frío y el sol ya estaba poniéndose. Caminé decidida hacia los establos y entré allí hecha una furia.

Estaba terminando con Bronco cuando Elsa entró en los establos. Se dirigió hacia mí con los puños cerrados y los ojos brillando por la furia. El terso rubor le iluminaba el rostro. Estaba preciosa.

Me quedé quieto, con las manos en la puerta del *box* que acababa de cerrar, mirándola embelesado mientras se acercaba.

—¿Cómo te atreves? —me siseó, golpeándome el pecho con los puños—. ¿Cómo puedes ser tan cruel?

Entonces me di cuenta que sus ojos no brillaban por el enfado, sino por las lágrimas que se agolpaban en ellos. Sentí que mi estómago se encogía.

¿Estaba así por haber permitido que Miki montara a Bronco?

—Elsa, solo le he dado una pequeña vuelta por dentro del establo — intenté tranquilizarla—. Te prometo que no ha corrido ningún peligro.

Ella me miró durante un instante sin comprender a qué me refería. Después, tensó el rostro y se apartó unos pasos de mí.

—¿Crees que esto es por tu loca y absurda idea de que puedes enseñarle a montar a caballo, que estoy enfadada? ¡Eres idiota y no comprendes nada! Miki ha crecido sin tener la atención de un padre, Charlie. Ningún hombre ha estado pendiente de él en todos sus siete años. ¿De verdad no te das cuenta de lo que haces cada vez que le prestas atención?

—Yo... —estaba confuso y sin entender a dónde quería llegar. Sabía que Miki había crecido sin padre, pero, ¿qué tenía eso que ver conmigo?

—Me ha preguntado si tú querrías ser su padre, Charlie. ¿Lo entiendes ahora? —Elsa había dejado de gritar, y se abrazaba a sí misma, encorvando levemente la espalda. Se giró para apartarse más de mí y se frotó el rostro con una mano, para limpiarse las lágrimas—. Me he esforzado durante todos estos años para que no echara en falta tener un papá. Quería que fuese un niño feliz a pesar de todo. —Volvió a girarse para mirarme con sus ojos relampagueando—. ¡Y llegas tú con tus buenas intenciones y le haces desear lo que nunca podrá tener! —Alargó el brazo y me señaló con un dedo acusador—. Quiero que te apartes de él, ¿me oyes? Se acabaron los juegos, los deberes, y las visitas al establo. Quiero que lo alejes de ti, que le des excusas, las que sea, para apartarlo.

—¿Quieres que le rompa el corazón? —pregunté, sorprendido y alarmado.

—¡Quiero que lo desengañes antes de que sea demasiado tarde! Solo tiene siete años y para él la vida todavía es simple. —Empezó a pasearse de un lado para otro, evitando mirarme a los ojos—. Interpreta las cosas a su modo. Si tú pasas tiempo con él, juegas con él, lo ayudas con los deberes y lo montas en tu caballo, para Miki es una clara declaración de intenciones. ¡Cree que quieres ser su padre! No comprende que no puede ser.

—¿Por qué no puede ser? —le pregunté con suavidad.

Se quedó quieta, paralizada, mirándome con perplejidad.

—¿Es que eres tonto? —me espetó finalmente.

No me enfadé por sus múltiples insultos. Sabía por qué lo hacía. Estaba asustada y enfadada. Temía por su hijo, y era normal. Miki era lo único que tenía, el ser alrededor del cual giraba toda su vida, y su principal prioridad en este mundo era protegerlo de que le hicieran daño. Me dolían, claro, pero no eran más que leves picaduras de mosquito y podía soportarlo.

—No, no soy tonto, Elsa. Comprendo perfectamente lo que dices. No ha sido mi intención que Miki se hiciera ilusiones, pero tampoco estoy disgustado por que se las haga. ¿Sabes por qué? Porque no me molestaría en absoluto convertirme en su padre.

—Estás loco —susurró, mirándome con los ojos muy abiertos.

—Sí, loco por ti —le dije, acercándome a ella. Elsa retrocedió—. Loco por conseguir que me mires y me veas. Loco por que te des cuenta de que existo. Loco por que te des cuenta de que puedo ser un buen marido y un buen padre para tu hijo. Loco, sí. Completamente.

Conseguí arrinconarla contra la pared. Ella me miraba como si de repente me hubiesen salido tres cabezas. Mi cuerpo rozaba el suyo pero no hizo ningún intento por salir corriendo. Me miraba con sus preciosos ojos abiertos, sorprendida, llenos de confusión, esperando. Alcé las manos poco a poco hasta rodearle el rostro con ellas. Le acaricié los pómulos con los pulgares. Acerqué mi rostro al suyo, muy lentamente, esperando una reacción suya; se limitó a seguir mirándome con los labios temblorosos.

—Charlie, no... —susurró.

—Solo un beso, Elsa —musité, con la mirada fija en su boca—. ¿Puedo?

Asintió con la cabeza, todavía aturdida, y no lo pensé más. Me apoderé de sus labios con los míos, con mucha cautela, besándola con suavidad. Jugué con lentitud, rozándolos con mi lengua, provocándola para que los abriera y me dejara entrar. Dudando, sus manos se posaron temblorosas sobre mi pecho, y subieron poco a poco hasta llegar a mis hombros. Yo me moría por rodear su talle con las mías, y envolverla en un abrazo, pegarla a mi cuerpo para sentir su calor. Pero dejé que fuera ella la que diese el paso porque no quería abrumarla. La deseaba con desesperación, pero también sabía que estaba asustada. Temblaba levemente como un cervatillo recién nacido y yo tenía miedo a que se apartara de mí y saliera corriendo.

Seguí besándola, y cuando por fin sus labios se separaron y su cuerpo se inclinó sobre el mío hasta que pude sentir sus suaves pechos sobre mi duro torso, la besé de verdad. Introduje mi lengua y la veneré como se merecía, besándola con pasión pero con delicadeza, siempre temeroso. La rodeé con los brazos y la pegué más a mí. La amaba, la adoraba y la deseaba, pero contuve los instintos que me gritaban que le hiciera el amor allí mismo porque ella merecía mucho más que ser follada sobre el duro suelo de piedra del establo.

Cuando por fin nuestras bocas se separaron renuentes, ambos jadeábamos. Apoyó la cabeza sobre mi pecho y yo deslicé la mano hasta su nuca para acariciarla allí con delicadeza.

—Esto es una locura —susurró.

—Dame una oportunidad —le supliqué.

—¡No! —Se apartó de mí bruscamente, empujándome con fuerza. Me pilló por sorpresa y, aunque soy bastante más grande y pesado que ella, logró hacerme trastabillar—. No vuelvas a hacer algo así.

Se marchó corriendo. Tuve la tentación de salir tras ella, pero supe que no era aconsejable. Necesitaba tiempo para pensar y aceptar lo que había sentido con mi beso y mis caricias. La había sentido temblar de deseo, y la pasión con la que me devolvió el beso no era algo que podía simularse. No sabía si me amaba, pero sí que me deseaba, y eso era un gran paso. Solo tenía que esperar a que ella se diera cuenta, mientras se lo recordaba de vez en cuando.

Capítulo dos

Salí del establo con las piernas temblorosas y completamente asustada por mi propia reacción al beso de Charlie. ¿Cómo se me había ocurrido darle permiso para que lo hiciera? ¿Cómo pude pasar de estar enfadada con él a dejarlo que me besara? No comprendía qué me pasaba.

O sí.

Llevaba muchos años sola. Miki es mi alegría y mi consuelo, pero no es un adulto en el que pueda apoyarme cuando las cosas van mal, no es alguien al que pueda contarle mis temores o mis esperanzas, ni comentarle las cosas que me preocupan. Llevaba muchos años luchando sola por salir adelante, cuidando a mi hijo, contando hasta el último céntimo para llegar a final de mes, sin nadie con el que compartir las penas o las alegrías.

Pero sobre todo, hacía años que no me sentía deseada, o amada. Estaba cansada de luchar sola, y Charlie me estaba ofreciendo la oportunidad de sentirme algo más que madre; me ofrecía la oportunidad de volver a sentirme mujer.

Por eso le permití que me besara, y ese beso me descubrió que todavía podía sentir como tal, y vibrar con las caricias de un hombre.

Entré en la cocina y me puse con la cena. Trabajé de manera mecánica, mirando hacia fuera de la ventana cada pocos segundos, esperando que él viniera detrás, asustada de que intentara presionarme. Porque aunque lo deseaba, todavía no estaba preparada para ello.

Pero él no apareció hasta la hora de la cena y, cuando nos sentamos a la mesa, el centro de atención fue Nita, la nueva ayudante del *sheriff*, a la que habían invitado a quedarse a cenar.

Ya hacía rato que le había llevado la cena a Miki y que había conseguido que se durmiera después de contarle un cuento, como cada noche. No volví a preguntarme sobre Charlie y yo lo agradecí. No pensé ni por un momento que se le hubiese olvidado, pero era un niño lo bastante inteligente como para darse cuenta que la pregunta no había sido de mi agrado.

La cena con la familia fue bastante animada, con las tonterías habituales de los hermanos Wescott, Kaden, Knox y Keitan. Me fijé en que Knox miraba de una manera especial a la recién llegada, y me pregunté si otro de los hermanos estaba a punto de caer en las redes del amor. Me pareció una idea maravillosa, porque estos chicos han estado faltos de amor desde niños, y ya era hora de que el destino les ofreciera la oportunidad de ser felices.

Pero, ¿y yo? ¿Era hora de que yo tuviera mi oportunidad?

Miré a Charlie de reojo, sentado al otro lado de la mesa, y vi sus ojos clavados en mí. Me ruboricé cuando él me guiñó un ojo y aparté la mirada para centrarla en mi plato. ¡Maldita sea! Volví a sentirme como cuando tenía quince años y Justin me pidió que fuese su chica. Pero ya no era una adolescente, la vida me había curtido, y no supe si me gustaba que me revolotearan mariposas en el estómago, o si, por el contrario, lo odiaba.

Estaba confusa. Tenía miedo de que volvieran a hacerme daño, a que me ilusionara de nuevo con un hombre y que este no estuviese a la altura. Porque además, tener una relación no era algo que me implicaba solo a mí, sino que en el conjunto también estaba mi hijo, y aunque yo pudiera sobrevivir a otra decepción, no quería que él también sufriera.

Cuando la cena acabó y todos se retiraron, temí que Charlie viniese detrás de mí con la excusa de ayudarme, como había hecho otras veces. Pero no lo hizo, y sentí su ausencia como algo aterrador.

Estaba empezando a meter los platos en el lavavajillas cuando Knox entró en casa dando un portazo. Había salido a despedir a Mac y a Nita y, cuando yo salí secándome las manos para reñirlo por hacer ruido, no me pareció que estuviese muy feliz.

—¿Quieres hacer el favor de no hacer tanto ruido? No son horas, y me ha costado mucho hacer que Miki se durmiera después de... la locura que Charlie le ha metido en la cabeza.

—Lo siento, no lo pensé —me contestó.

—Ese es tu problema, que no piensas.

Me metí en la cocina de nuevo y él vino detrás de mí. Yo no tenía muchas ganas de hablar, pero en los meses que llevaba trabajando para ellos, habíamos empezado a hacernos amigos. Era curioso que, teniendo la reputación de seductor que tenía, nunca, ni él ni su hermano Keitan, hubiesen intentado algo conmigo.

—Elsa, ¿qué piensas de mí? —me preguntó de sopetón. Me sorprendió que a él le interesara mi opinión, pero me hice un poco la loca. No era una pregunta que me apeteciera mucho contestar en ese momento. Ya tenía bastante con mis propias preocupaciones.

—¿Qué quieres decir? —le dije, intentando darle la oportunidad de que me contestara que nada, que no importaba; pero no lo hizo.

—Pues eso, que qué opinión tienes sobre mí.

Me quedé callada unos instantes, valorando si contestar la verdad o decirle algo que no me comprometiera. La fama de Knox no era muy buena entre las mujeres en general, aunque en el fondo la mayoría estaban loquitas por él y su hermano. Suponían un reto, y cualquiera que consiguiera enamorar

a uno de los hermanos indómitos sería considerada una heroína por las demás.

Una estupidez, si me preguntas mi opinión, pero en los pueblos como Cascade, en que los roles de hombre y mujer siguen siendo muy marcados y bastante arcaicos, que una mujer consiguiese que un ligón empedernido como Knox Wescott sentara cabeza, sería un gran logro.

Al final, y en aras de nuestra amistad reciente, decidí decirle la verdad.

—Las mujeres que han pasado por tu cama creen que eres un hombre sin corazón ni sentimientos. Las que todavía no lo han hecho, también, pero cada una de ellas tiene la secreta esperanza de ser la elegida que hará que te enamores, y te cambiará. Por eso siguen cayendo en tus trucos a pesar de la fama que te precede.

—¿Y tú? ¿Qué piensas? —insistió.

—Oh, antes de conocerte bien pensaba que eras uno de esos tíos que solo se quieren a sí mismos y que eras incapaz de enamorarte en serio.

—¿Y ahora que me conoces mejor?

—Sigo pensando que eres incapaz de enamorarte, pero por otro motivo muy distinto.

—Y, ¿qué motivo es ese?

—No sé si te gustará oírlo. —Dudé, porque la respuesta a esa pregunta podía ser dolorosa para él, por lo que intenté desanimarlo—. Solo soy una empleada, Knox, y además, una que ni siquiera se graduó en el instituto. ¿Qué sé yo de esas cosas!

—Eres más inteligente de lo que quieres hacer creer, Elsa. Y no te preocupes, lo que digas no saldrá de aquí aunque no me guste. Si temes que haga algo para que te despidan...

—¡No! No es eso, sé que tienes buen corazón y que no harías algo así. No es eso. Es que... no sé, parece que en estos meses hemos empezado una buena amistad, y no me gustaría fastidiarlo por meterme donde no me llaman.

—Bueno, sí te llaman cuando te lo estoy pidiendo directamente, ¿no? —Me sonrió con franqueza y algo de tristeza. Era evidente que mi respuesta era importante para él—. Necesito saberlo, Elsa, porque estoy hecho un lío.

—Es la chica nueva, ¿verdad? La ayudante del *sheriff*. He visto cómo la miras.

Asintió con la cabeza con pesar. Parecía confuso y sin saber muy bien qué hacer. Yo había visto cómo la miraba durante la cena, y sospeché que algo había entre ellos. Al final, me decidí a contestar la verdad.

—Está bien, pero seguramente lo que voy a decirte no te gustará nada.

—Soy un chico grande, Elsa —intentó bromear, pero sus ojos me decían

que no había nada gracioso en todo aquello.

—Hay cosas para las que nunca somos lo bastante mayores, Knox, sobre todo cuando se trata de nuestros padres.

—¿Qué tiene que ver..?

—Es por tu madre, Knox. Por eso te niegas a dejar que tu corazón sienta algo. Te escondes detrás de una pared de hormigón porque, en el fondo, tienes miedo de amar y que te vuelvan a dejar.

—Mi madre no me dejó. Se murió.

—Sí, pero no hay diferencia, ¿verdad? Porque el resultado es el mismo: alguien a quien amabas profundamente te dejó solo, rompiéndote el corazón. Y se llevó a tu padre con ella, porque aunque él siga aquí, durante todos estos años es como si no hubiese estado. Es solo miedo a salir herido de nuevo, lo sé muy bien, porque estoy en una situación parecida.

Ah, sí, estaba en una situación muy parecida. Durante el tiempo que llevaba trabajando en el rancho Triple K había tenido tiempo más que suficiente para fijarme en un vaquero alto, rubio, de ojos azul tormentoso, a pesar de mí misma. Un vaquero que me había besado hacía un rato, y que había conseguido que se me encogieran los dedos de los pies, que mi piel se erizara de deseo, y que durante un instante, volviera a soñar con amar y ser amada.

—Puede que tengas razón —admitió en un susurro—. Pero, ¿qué puedo hacer para cambiarlo?

—Eso no lo sé, Knox. También estoy buscando la respuesta a ese problema. Si la encuentro, ya te lo diré.

Aquella noche le di una tregua, pero no acepté sus exigencias de mantenerme apartado de ella y de Miki. Durante los días siguientes seguí comportándome igual, ayudándolo en los deberes, jugando con él, y permitiéndole acompañarme cada atardecer cuando cepillaba a Bronco, y le daba una pequeña vuelta por dentro del establo montado en él.

No lo hacía solo como estrategia para acercarme a Elsa, ni para conseguir su ayuda para conquistar a su madre. Lo hacía porque Miki se lo merecía. Era un niño estupendo, lleno de energía y alegría a pesar de sus circunstancias, inteligente, con una imaginación desbordante, y muchas ganas de aprender. El chaval me caía bien, y era evidente que necesitaba desesperadamente una figura masculina cerca de él, un hombre que pudiese ocupar el puesto de su padre ausente. Y a mí no me molestaba hacerlo. Al contrario, me gustaba. Siempre me han gustado los críos, y una de mis

fantasías es llegar a tener una familia numerosa llena de chavales revoltosos que hagan que su madre y yo tengamos canas antes de tiempo.

En cuanto a Elsa, cada noche después de cenar la ayudaba a recoger la mesa y aprovechaba para hablar con ella de cualquier cosa. A veces, de Miki. Otras, de las Navidades que se avecinaban. De vez en cuando, del rancho y de nuestro trabajo. Descubrí que le gustaba el cine, y la invité un par de veces a ir, aunque ella no aceptó.

El día de Navidad lo pasé en Templeton, con mi familia. Todo fue bien hasta que mi madre sacó mi trabajo a colación. A pesar de ser medio india, de la tribu de los *apsaróka*, no siente ningún tipo de conexión con la tierra o la naturaleza. Su vida en la reserva en la que creció no fue agradable, y supongo que por eso rechaza cualquier cosa que se la recuerde. Cuando yo decidí que quería ser vaquero y vivir y trabajar en un rancho, cuando apenas contaba con catorce años, para ella fue un tremendo disgusto. Esperaba que me graduara y que después fuese a la universidad, pero yo tenía otros planes. Con dieciséis años me escapé de casa y me presenté en el rancho Triple K. Hablé con Kaden, que en aquella época era un jovencuelo serio y taciturno de veinte años, y a pesar de que yo no tenía ni idea de qué se tenía que hacer en un rancho, me contrató para que trabajara allí los tres meses de verano.

Fueron los mejores y más felices de mi vida.

Aprendí el oficio al lado de vaqueros curtidos por el sol, y a pesar de que cada atardecer acababa más muerto que vivo, me sentía el hombre más afortunado del mundo.

Al principio, mis padres protestaron. No les gustó que escogiera ese trabajo para el verano, ni que tuviese que pasar los tres meses viviendo solo (Templeton queda demasiado lejos de Cascade para ir y venir cada día en coche, además de que yo ni siquiera tenía coche en aquella época), pero no tuvieron más remedio que aceptarlo. Era mi decisión, no suya.

Volví al verano siguiente, y al otro, y cuando cumplí los dieciocho, Kaden me ofreció quedarme fijo durante todo el año. Acepté, por supuesto.

El día de Navidad no discutí con mi madre. Hacía tiempo que había aprendido que la mejor manera era no dejar que sus palabras me afectaran. Nunca iba a comprender mi pasión por ser vaquero, y lo mejor era dejarla hablar.

Mi padre cortó la conversación desviando la atención hacia otro tema, algo que le agradecí enormemente, y el día acabó con tranquilidad, sin más problemas.

Al despedirnos me preguntaron si iría a pasar allí la noche de fin de año, pero les dije que no, que tenía planes, y era muy cierto.

Tenía planeado pasar esa noche con Elsa y nada iba a impedírmelo. Ni siquiera la tozudez de una mujer de pelo castaño que me estaba volviendo loco.

El 31 de diciembre me quedé a cenar en el rancho, como siempre al terminar mi trabajo, pero antes Keitan me permitió usar su habitación para darme una ducha y arreglarme un poco. Iba a ser una cena un tanto informal, pero después toda la familia iría hasta Cascade para ver los fuegos artificiales, y yo pensaba llevar a Elsa y a Miki, por lo que no me daba tiempo de ir hasta mi apartamento, arreglarme y regresar.

Bajé las escaleras acicalado como hacía tiempo que no me arreglaba. Llevaba un pantalón de lana negro, con la raya bien planchada, y zapatos en lugar de las botas de montar que siempre usaba. Una camisa color óxido con una corbata granate, y americana a juego con el pantalón. Para salir tenía un abrigo oscuro que Keitan me había prestado, para así evitar tener que ponerme el chaquetón de siempre. También me había afeitado y echado algo de perfume. Iba hecho un pincel.

Elsa todavía estaba en la cocina, y me acerqué a ella por detrás sin hacer ruido. No me oyó venir, y gritó cuando me incliné hacia ella para soplarle en la nuca.

—¿Se puede saber qué..? —Se quedó callada un momento, evaluando mi apariencia, mirándome de arriba abajo—. Vaya, estás muy guapo.

—Gracias. —Sonreí, y miré su moño deshecho. Me dieron ganas de tirar de la pinza para el pelo que lo tenía sujeto para verlo caer en cascada, y froté los dedos de las manos unos contra los otros para detener la compulsión—. Yo acabo con esto —le dije en su lugar—. Tú vete a arreglar.

—Pero...

—Venga. ¿No querrás hacernos esperar después?

—¿Tú también vienes?

—En realidad, tú y Miki os vendréis conmigo.

—¿Contigo? —preguntó, abriendo mucho los ojos.

—Sí, conmigo. Miki está de acuerdo.

Lo había hablado con él el día antes, y se mostró entusiasmado con la idea. El chico no decía nada, pero con cada día que pasaba veía en su rostro las ganas que tenía de que su madre y yo nos enamoráramos.

Bueno, por mi parte eso ya era cosa hecha. Ahora faltaba que Elsa se decidiera.

—¿Habéis conspirado a mis espaldas? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Somos unos hombres malos —bromeé—. Sí, hemos conspirado.

Elsa acabó sonriendo y poniéndome las manos en el pecho.

—No sé si eso me gusta o no.

—Decídelo mañana —le sugerí en un susurro—. Hoy, límitate a divertirte. Te prometo que voy a ser un caballero.

Me sorprendió acercando su boca a mi oído, contestándome:

—No estoy segura de querer que te comportes como un caballero, Charlie. Igual prefiero que esta noche seas un poco truhán...

Se alejó de mí balanceando las caderas, sonriendo con picardía, dejándome en la cocina con la boca abierta, mirándola embelesado.

No sabía qué fiebre me había dado, pero llevaba días pensando en Charlie y la posibilidad de darle una oportunidad. Parecía un buen hombre, y todos en el rancho lo apreciaban mucho. Incluso Clara, con sus comentarios acerca de él cuando estábamos a solas, parecía que intentaba empujarme en su dirección.

Al principio me molestó un poco, pero también pensaba en la conversación que había tenido con Knox, planteándome si valía la pena echar mis miedos a un lado y arriesgarme con él. Charlie me gustaba mucho, me hacía sentir cosas que hacía años que no sentía. Él había tenido el empuje y la paciencia de ir echando abajo todas mis defensas con su manera de ser y de comportarse conmigo, siempre atento y amable, pero con la pasión inundándole los ojos y la mirada. Me quemaba cuando me miraba, y hacía que mi piel se erizara y deseara que me tocara.

Además, Miki era feliz con él. La paciencia que tenía con mi hijo y el cariño que le demostraba, no era algo que pudiera simularse. Se habían encariñado mucho, y eso era un punto a favor de la opción de arriesgarme. Sabía que Miki necesitaba un padre, un hombre en su vida que lo ayudara a convertirse en un adulto responsable. Yo hacía todo lo que podía, pero era consciente de que llegaría un momento en que no sería suficiente para él, y aunque nunca saldría con un hombre solo para proporcionarle a Miki un padre, que Charlie lo amara era algo que no podía desdeñar.

Así que decidí tantear el terreno, y aquella noche era el momento ideal. ¿Qué podía ponerme? No tenía ropa bonita. Durante muchos años mi principal prioridad había sido ahorrar todo lo que pudiera y gastar solo en mi hijo. Nunca me había permitido el lujo de ir a una tienda para comprarme cosas que me hicieran sentir bonita; mi armario estaba lleno de ropa gris, práctica y barata. ¿Qué haría? Charlie iba guapísimo con su traje oscuro y la corbata, ¡yo no podía ir con él con unos pantalones vaqueros y un jersey de lana!

—Tienes la misma cara que tendrías si te hubieras tragado una mosca.

La voz de Clara me sobresaltó. Estaba apoyada en la pared, al lado de la puerta de mi habitación, y a sus pies había varias cajas de colores adornadas con lazos.

—¿Qué es eso? —le pregunté, obviando su comentario.

—Santa ha dejado unos regalos de última hora para ti —me contestó con una sonrisa—. Coge los paquetes y entremos en tu cuarto.

—Pero...

—Me duele la espalda y la pierna. ¿Vas a tenerme aquí durante mucho rato?

Clara era coja. Una malformación congénita en su pierna la obligaba a caminar con un bastón, y aunque no le gustaba que nadie le tuviera lástima por ello, en momentos como este, la utilizaba para manipular sin consideración.

—¿Qué has hecho, Clara?

—¿Yo? —me preguntó, abriendo mucho los ojos y poniéndose una mano en el pecho—. Ya te he dicho que ha sido Santa.

En aquel momento, Miki abrió la puerta y me miró con ese gesto suyo tan serio que lo hacía parecer mayor.

—Mamá, ¿vas a quedarte ahí discutiendo con Clara? ¿O vas a entrar y a ponerte guapa?

—Sois todos unos pequeños conspiradores —refunfuñé, riéndome.

Cogí las cajas y entré, nerviosa. Las dejé sobre la mesita de café y me senté en el sofá. Me temblaban las manos. Clara se sentó a mi lado, y Miki en el suelo.

—Vamos, mamá. Ábrelos.

—Parece que te hace mucha ilusión, ¿no?

—¡Claro que sí! Debe ser algo muy especial, ¿no crees?

Intentó sonreír con inocencia, pero sospeché que el pequeño conspirador sabía muy bien qué había allí dentro. Suspiré, resignada, y abrí el paquete más grande.

Me quedé muda de asombro.

Allí, envuelto en papel de seda, estaba el vestido de estilo *pin up* que hacía unas semanas había visto en el almacén del pueblo. Lo había estado admirando durante tanto rato, suspirando como una idiota, que Hannah había acabado acercándose a mí para preguntarme si quería probármelo. Lo hice en un arrebato, sabiendo que era demasiado caro para mí, y casi lloré cuando vi lo guapa que estaba con él.

—¿Como..?

—Hannah nos ayudó a escogerlo, ¿verdad, Miki? —dijo Clara, y mi hijo asintió con decisión.

Hannah es la hija del dueño de los grandes almacenes de Cascade, y amiga íntima de Clara desde que esta llegó al pueblo.

—Pero esto es demasiado —susurré, con lágrimas de agradecimiento en los ojos—. No puedo aceptarlo.

—¡Claro que sí! —contestó Clara, decidida a no permitir que yo lo estropease todo—. Ahora haz el favor de abrir el resto de cajas, darte una ducha, y arreglarte. ¡Estarás preciosa!

Lo hice en un santiamén.

El vestido era rojo satén, con vuelo en la falda que me llegaba hasta las rodillas. Debajo llevaba unas enaguas que se mostraban por debajo de las faldas, para hacer que estas parecieran flotar a mi alrededor en lugar de caer lacias. Una cinta negra le rodeaba la cintura, igual que el escote en barca que dejaba mis hombros descubiertos y las mangas que me llegaban hasta medio antebrazo.

También había unas medias negras, con una costura que recorría la parte trasera, y unos zapatos rojos, de tacón alto.

Parecía una modelo *pin up*, y cuando me miré al espejo, casi ni me reconocí.

—¡Estás preciosa! —exclamó Clara detrás de mí.

Tuve ganas de llorar de emoción y agradecimiento. Me giré y me abracé a Clara sin poder evitarlo.

—Gracias —sollocé.

—No seas tonta. —Clara le quitó importancia a su gesto—. Va, que todavía tienes que maquillarte.

—Voy a morirme de frío —reí y sollocé a la vez.

—No te preocupes por eso. Te aseguro que a donde te va a llevar Charlie después de los fuegos, no tendrás nada de frío.

—¿Llevarme? Pero Miki...

—Yo me quedaré con Clara y Kaden —contestó este, que había asistido a mi transformación sin decir nada, con la boca y los ojos abiertos por el asombro—. ¿Verdad, tía Clara?

—Por supuesto. Kaden tiene que ir acostumbrándose a tratar con un pequeño hombrecito —contestó esta acariciándose la barriga. Hacía poco que nos habían dado la noticia de su embarazo, y estábamos todos muy felices con ello. Todos menos Kaden, que tenía miedo por su mujer y las complicaciones que pudieran surgir. Pobre hombre.

—¿Estás segura?

—Por supuesto —me contestó con decisión—. Venga —me apuró—, vamos a maquillarte y peinarlo para que estés deslumbrante. ¡Y falta el abrigo!

—¿Qué abrigo?

—Ya lo verás cuando sea la hora de irnos.

No insistí. Sabía que Clara no me diría nada más, era así de cabezota.

Pasé un buen rato maquillándome y ella me ayudó a cepillarme el pelo para que quedara lustroso y reluciente. Lo tengo bastante largo, y ha sido la única concesión a la belleza que me he permitido desde los diecisiete años.

El tiempo que tardé, los nervios que pasé, y la emoción por los regalos, todo valió la pena cuando bajé por las escaleras y me encontré a Charlie allí, mirándome boquiabierto, con el brillo en sus ojos tormentosos mientras yo bajaba escalón a escalón hasta encontrarme con él.

—Estás... —Tragó saliva, nervioso. Me cogió la mano para ayudarme con el último escalón, y se la llevó a los labios. Clara y Miki nos miraban en silencio desde lo alto de la escalera—. Estás preciosa, aunque me quedo muy corto. Me has dejado sin habla. Sabía que eras hermosa, pero hoy... Hoy pareces un ángel.

—Más bien un ángel caído —bromeé yo, aturdida por la emoción que podía ver en sus ojos. Tenía que quitarle trascendencia al momento, romper como fuera el entorno mágico que de repente, nos había rodeado—. Solo me faltan los cuernitos.

—No. Un ángel quizá algo travieso. ¿Me acompañas a la mesa?

Me ofreció su brazo como un caballero, tal y como me había prometido que se comportaría. Acepté, y entramos juntos en el comedor donde ya estaba esperando el resto de la familia. Clara y Miki nos siguieron y ocuparon su sitio.

—Estás arrebatadora, Elsa —me dijo Keitan con un guiño travieso que puso nervioso a Charlie. Se me escapó una risita cuando lo oí gruñir en su dirección, con el ceño fruncido.

—Gracias —contesté, repentinamente tímida. Bajé los ojos hacia la mesa y observé lo preciosa que estaba—. Vosotros habéis hecho un gran trabajo con la mesa —los elogíé.

—Gracias. Todo idea mía —afirmó Keitan ante la mirada entrecerrada de sus hermanos—. Últimamente Knox no sirve para nada, y Kaden solo sabe gruñir.

—Eres un mentiroso compulsivo —lo contraatacó Knox—. Yo he doblado las servilletas.

—¡Y yo he puesto los platos! —protestó Kaden.

Keitan me miró, diciéndome sin palabras «¿lo ves?». Yo me eché a reír, porque la mesa tenía mucho más que las servilletas y los platos. Sobre el mantel rojo y dorado estaban las bandejas con la comida, perfectamente

dispuestas y decoradas (y no lo había hecho yo); dos candelabros dorados de tres brazos iluminaban la mesa dándole un aire rústico y romántico; los cubiertos estaban dispuestos a la perfección, en su orden correspondiente; las copas de cristal brillaban; la jarra estaba llena de agua, y las botellas de vino, abiertas; incluso había una de refresco para mi hijo.

El señor Wescott encabezaba la mesa, y antes de empezar a cenar, rezó una oración.

—Señor, te agradecemos todos los dones que nos has otorgado este año. Gracias por Clara, que hace feliz a mi hijo Kaden. Gracias por Nita, que parece que va a encarrilar a mi hijo Knox. —Este alzó la cabeza y lo miró con los ojos asombrados—. Gracias por el nieto que está en camino, y que volverá a llenar esta casa de risas y balbuceos, algo que extraño mucho. —Hizo una pausa y tragó saliva—. Gracias por estos hijos tan magníficos que me has dado. Solo hay una cosa que te pido para este año próximo: que aparezca una mujer capaz de echarle el lazo a Keitan.

—¡Papá! —protestó este, y todos se echaron a reír, tanto por su reacción como por el alivio que suponía ver a su padre bromear, algo que no sucedía muy a menudo.

Capítulo tres

La cena transcurrió entre risas y bromas. Yo no podía dejar de mirar a Elsa. Estaba deslumbrante. Siempre me había parecido una mujer preciosa, pero en ese momento, con el pelo suelto y cepillado hasta brillar, el ligero maquillaje que cubría su rostro, el rojo pasión de sus labios... y ese magnífico vestido que parecía sacado de una película de los años cincuenta, que le estrechaba la cintura y hacía que sus pechos resaltasen, estaba más que bonita. Parecía una estrella de cine de la época dorada, como una Betty Paige actual con la que soñarían todos los soldados del mundo si la vieran.

Afortunadamente para mí, no iba a ser así. Bastantes celos tenía cada vez que Keitan o Knox bromeaban y coqueteaban descaradamente con ella.

La cena terminó y Elsa se levantó para quitar la mesa. Por suerte, Clara la detuvo a tiempo.

—Mañana lo haremos entre todos. No te preocupes —le dijo, y aunque mi chica frunció el ceño, aceptó la decisión.

Mientras todos iban a por sus abrigo, me la llevé a la cocina, donde había guardado algo para ella.

—Tengo algo para ti —le dije al entrar—. Es mi regalo de Navidad tardío porque no podía dártelo antes o estropeaba la sorpresa.

—No entiendo nada, Charlie. ¿Por qué hacéis todo esto? —preguntó, confusa. Supuse que hacía demasiado tiempo que nadie era amable con ella y me enfadé con el mundo y la vida por haberla tratado así.

—Porque te lo mereces, por eso —afirmé con convicción mientras la llevaba de la mano hasta la caja que estaba escondida detrás del mostrador central, sobre los taburetes.

Elsa se quedó muda ante la caja enorme que había allí, envuelta con un lazo, exactamente igual que las que había abierto hacía un rato.

—Esto es demasiado —susurró, emocionada. La abrió con manos temblorosas y sacó el abrigo que había dentro. Era de cachemir, negro, con los puños vueltos y solapas. Lo miró durante un instante y se acarició el rostro con él—. Qué suave es... Pero esto te habrá costado un montón de dinero —exclamó, sorprendida y confusa.

—Eso no es cosa tuya. Póntelo, por favor.

Me miró, indecisa. En sus ojos veía que le había gustado mucho, pero comprendía que tuviera reparos en aceptar un regalo tan caro; incluso que esperara que yo le pidiera algo a cambio. Conociendo su anterior experiencia con el que era el padre de su hijo, no me extrañaba.

—Por favor —volví a insistir, cogiéndolo de sus manos y abriéndolo para ayudarla a ponérselo. Me hizo caso sin protestar, gracias a Dios.

—Es precioso —lo admiró, acariciándolo—, y tan calentito. Gracias, pero no comprendo por qué...

—Porque quiero demostrarte que eres lo más importante para mí, Elsa.

—Eres un buen hombre.

—No quiero ser un buen hombre —bromeé, mirándola con picardía—. En realidad, al verte, me vienen pensamientos muy pecaminosos, mujer.

Puse las manos sobre su cintura y la acerqué a mí muy poco a poco. Descendí el rostro y deposité un beso suave en sus labios.

—Yo... No sé si estoy preparada, Charlie.

—Lo sé, cariño. Y no voy a presionarte... demasiado —bromeé, y añadí, susurrando—: En serio, tú marcas el ritmo. Yo solo quiero que sepas que estoy aquí, que te quiero, y que solo necesito un gesto tuyo para demostrártelo.

—A veces, me asusta tanta comprensión —confesó. Tenía las manos sobre mi pecho, y la vista fija ahí, sin atreverse a levantarla para mirarme a los ojos—. No estoy acostumbrada, ¿sabes? Siempre he tenido que doblegarme a la voluntad de los que me rodeaban; nunca he sido yo la que ha impuesto nada. Hasta que me quedé embarazada de Miki, nunca había tomado una decisión por mi cuenta. Siempre eran mis padres y Justin los que dictaban mi vida, qué debía hacer, cómo debía comportarme, cómo vestirme, cómo hablar, qué sentir... Y cuando me apartaron de ellos, fue el reverendo Hudson el que tomó las decisiones por mí.

—Pero eso ya no es así. Hace tiempo que eres la dueña de tu vida —repliqué muy suavemente.

—No, eso no es del todo cierto, porque desde que Miki nació, fueron sus necesidades las que me marcaron el camino. Toda mi vida ha girado en torno a él. Y ahora, tú estás aquí, diciéndome cosas como que todo está en mis manos, y yo no sé si seré capaz de lanzarme al vacío.

—No te lanzarás al vacío, Elsa. Mis brazos están aquí para sostenerte. De eso, puedes estar segura.

En ese momento entró Miki, con el abrigo ya puesto, para decirnos que todos estaban esperando para marchar hacia Cascade, y no pudimos seguir hablando. Decidí que seguiríamos más tarde, porque quería que ella estuviera segura que yo no era como el padre de su hijo. Yo estaría aquí para ella, siempre, porque la amaba con todo mi corazón y mi única meta en la vida era hacerla feliz.

Las últimas palabras de Charlie, me dejaron trastornada. Nunca, nadie, me había dicho algo así. «No te lanzarás al vacío, Elsa. Mis brazos están aquí para sostenerte. De eso, puedes estar segura».

Sabía que lo decía de corazón, que era sincero y que no había subterfugios en ellas. Pero seguía dudando.

El camino hasta Cascade lo hicimos en silencio. Miki iba sentado en la parte de atrás del coche, alborotando como solo un niño de siete años puede hacerlo. Aparcamos en el primer sitio que encontramos, algo apartado de la plaza 4 de Julio a donde íbamos, y en cuanto salió del coche, mi hijo se me quedó mirando muy serio, con su mano entre la mía, y me dijo:

—Estás muy guapa, mamá. Me gusta mucho verte así.

Entonces salió corriendo hacia Clara, que también estaba bajando del coche un poco más adelante.

—Miki tiene razón —dijo Charlie, ofreciéndome su mano. La cogí, y su calor me rodeó.

—Gracias —musité, algo avergonzada.

Seguía sin acostumbrarme a los halagos, a las muestras de cariño y a las miradas ardientes que siempre me dirigía. Miradas que me decían sin palabras cuánto me deseaba y cuánto me amaba.

Le dirigí una sonrisa trémula y lo decidí en un suspiro. Quería que aquella noche fuese especial, que aquella noche fuese «la noche», la que marcaría un antes y un después en mi vida. Tenía que hacerlo así, sin pensarlo mucho, tirándome de cabeza y con los ojos todavía vendados porque sino, no lo haría nunca. Quería entregarme a Charlie, hacerlo mío como solo puede conseguirse algo así, piel con piel y aliento con aliento.

—Tengo que hablar con Clara un momento —le dije, y me aparté de él intentando correr para alcanzarla, algo difícil con el piso nevado y los zapatos de tacón. Conseguí llegar hasta ella sin accidentarme, y le hablé al oído bajo la atenta y sorprendida mirada de Charlie. Ella abrió mucho los ojos cuando le pedí que se hiciera cargo de Miki aquella noche, y después me dirigió una sonrisa deslumbrante.

—Por supuesto —me susurró—. Yo cuidaré de él, no te preocupes.

—Muchas gracias.

—No tienes por qué darlas, cielo. Te mereces ser feliz, y me encanta poder contribuir.

Ella siguió caminando y yo me quedé quieta, esperando que Charlie volviera a alcanzarme.

—¿Qué le has dicho? —me preguntó cuando llegó hasta mí. Me cogí de su brazo y caminé a su lado.

—Después de los fuegos, te lo diré —contesté con una sonrisa pícaro.

Sí, estaba decidido. No quería que se comportara como un caballero. Quería a un truhán que lograra derretir el hielo que me rodeaba el corazón y el alma.

Los fuegos artificiales fueron espectaculares, como cada año. Mientras los mirábamos, me apoyé en Charlie y él acabó pasándome el brazo por encima de los hombros, apretándome con suavidad contra su cuerpo. Me sentí tan segura, arropada, protegida... como nunca lo había hecho antes. Suspiré, y cerré los ojos para deleitarme en esa sensación sin que me importara el perderme el espectáculo. Seguía oyendo el estallido de los cohetes en el cielo, pero mi corazón atronaba más fuerte y decidido que nunca.

Terminó el espectáculo y ni me di cuenta, hasta que sentí los suaves labios de Charlie sobre los míos, dándome el beso de celebración. Fue un leve contacto que me supo a muy poco, y hubiese querido rodearle el cuello con los brazos y obligarlo a besarme como Dios manda, pero también fui consciente de la gente que estaba a nuestro alrededor. Por eso, me limité a atraerlo hacia mí y susurrarle al oído:

—Vamos a tu apartamento, Charlie.

Abrió mucho los ojos y después parpadeó varias veces, entre sorprendido y confundido.

—¿Me estás diciendo..?

—Exactamente lo que estás pensando.

La sonrisa que ocupó su rostro fue espectacular y me hizo temblar de la cabeza a los pies. Me cogió de la mano y me llevó, atravesando el parque.

—¡Espera! ¡Que voy con tacones! —tuve que protestar al ver que cada vez caminaba más deprisa y yo corría el riesgo de romperme un tobillo.

—Lo siento —murmuró, parándose de golpe. Se giró hacia mí y una sonrisa malévolamente cruzó su rostro—. Tengo la solución.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Qué haces? —chillé cuando me cogió en brazos como si yo fuese una pluma, y siguió caminando por las calles, cruzándonos con conocidos que nos miraban con sonrisas entre pícaras y divertidas—. ¡Me estás avergonzando! —protesté.

—Pues castígame todo lo que quieras cuando llegemos a mi casa —me contestó.

—¿En serio? —pregunté con picardía, rozando su mentón afeitado con mis labios cuando atravesamos un callejón solitario.

—Elsa... estás jugando con fuego.

Fue el ejercicio de voluntad más duro que nunca he sufrido.

Cuando me mordisqueó el mentón, mi reacción fue apretar el paso para llegar cuanto antes a mi casa porque estaba seguro de que, si no lo hacía, perdería el control que tan férreamente había mantenido, y acabaría haciendo el amor con ella en la puta calle. Mi cuerpo temblaba y no por el esfuerzo de llevarla en brazos. Cuando me metió la lengua en la oreja y me mordió el lóbulo, vislumbré entre la niebla de mi mente lo que era el portal de mi bloque de apartamentos. ¡Por fin!

Crucé la puerta de la calle, nos metí en el ascensor, y allí empecé a vengarme por su traviesa malicia.

La dejé de pies en el suelo y la aprisioné con mi cuerpo contra la pared. Apreté el botón del cuarto piso sin mirarlo, pues mis ojos estaban fijos en sus labios temblorosos, abiertos en una sonrisa invitadora.

No pude resistirme.

La besé con pasión allí mismo, poniendo todo mi corazón y mi alma en ese beso. Me apoderé de su boca para saquearla sin consideración, jugando con su lengua, empapando mi boca con su saliva, frotándome contra ella como un maldito perro en celo. Estaba perdiendo el control al que tanto me había aferrado durante los últimos meses, liberando mi pasión y mi deseo por ella.

El *cling* del ascensor al llegar a la cuarta planta, me sacó levemente de mi nube de pasión. Nos quedamos jadeando durante unos segundos, mirándonos a los ojos nublados por el deseo.

—¿Estás segura de seguir con esto? —le pregunté en un último intento por ser un caballero.

—Completamente —me contestó, con sus ojos fijos en mis labios.

La volví a coger en brazos porque no quería perder el calor de su cuerpo ni un solo instante. Abrí la puerta sin soltarla, oyendo sus risas divertidas al ver que me costaba sacar las llaves del bolsillo.

—Bájame, tonto —me dijo al oído—. Te juro que no voy a irme a ningún lado.

—No —contesté con terquedad—. No pienso soltarte ahora.

Volvió a reírse y cogió las llaves de mi mano para abrir ella la puerta. La crucé a trompicones, y oí el ruido de las llaves caer al suelo. Me importó una mierda. Tenía otras cosas más importantes que hacer que pararme a recogerlas, como llevar a Elsa directamente a mi dormitorio, ponerla

delicadamente de pie en el suelo, y empezar a quitarle la ropa.

Le hice el amor con calma, dejando de lado la precipitación y el ansia que tenía por perderme en ella. Esto no era para mí, era para ella. Quería que cada poro de su piel supiera cuánto la amaba. Quería que llegara a tocar el cielo con las manos. Quería... quería que olvidara todos los temores y se abriera a mí como una rosa se abre al rocío del amanecer.

Fui cuidadoso e implacable con cada beso, cada caricia, cada provocación. Utilicé mi cuerpo con esmero para darle placer, y me perdí en sus gemidos, sus suspiros y sus demandas. La gatita se convirtió en una leona que me arañó la espalda, me clavó los dientes en los hombros y, cuando por fin la penetré después de ponerme el condón, enrolló sus piernas alrededor de mis caderas y salió a mi encuentro en cada empuje, gritando.

Aquella noche le regalé dos orgasmos y cuando ambos caímos agotados y sudorosos, uno en brazos del otro, Elsa se acurrucó a mi lado, poniendo la cabeza sobre mi pecho. Mientras me acariciaba distraídamente, con los ojos cerrados y medio adormilada, susurró:

—No creí que pudiese ser tan bueno...

Aquello me dejó en *shock*. No podía ser que Elsa no hubiese experimentado jamás un orgasmo, ¿no? Seguramente no era a eso a lo que se refería. No podía ser. Estuve a punto de preguntarle, pero su respiración me indicó que ya se había quedado dormida y preferí mil veces deleitarme en su visión, que introducir en un momento tan especial el recuerdo de cualquier otro hombre.

De todas maneras, por su comentario dicho en un susurro, casi como si hubiera puesto en voz alta un pensamiento íntimo, deduje que quizá el único hombre que había tenido el inmenso honor de compartir un momento de intimidad placentero para ella, había sido yo. El único que había conseguido llevarla hasta lo más alto. El único que había conseguido que se estremeciera descontrolada mientras el orgasmo la sacudía, haciendo que surgiera la fiera que habitaba en su interior.

Me dormí con una sonrisa en los labios.

Un rato después, la oí removerse inquieta a mi lado. Abrí los ojos y la miré. Estaba despierta, mirándome con fijeza.

—¿Qué ocurre, cielo? —le pregunté, frotándome el rostro para despejarme.

—Nada, es solo que... —Pareció dudar. Yo le acaricié el mentón con un dedo y la animé a continuar—. Es que nunca he estado separada de Miki durante una noche entera, y estoy preocupada. ¿Y si le da un ataque?

Sonreí, porque sabía que quería de mí aunque no se atreviera a pedírmelo.

—Vístete, cariño. Te llevaré a casa —le dije con dulzura, y le rocé los labios con los míos antes de levantarme y empezar a vestirme.

—¿No te enfadas?

—¿Y por qué tendría que enfadarme? —Me giré hacia ella. Estaba mirándome con una mezcla de sorpresa y desconfianza en sus ojos. Rodeé la cama, me senté a su lado y le cogí las manos para darle un beso en cada palma—. Elsa, me encantaría que te pudieras quedar conmigo toda la noche, pero comprendo que tu hijo siempre será tu mayor preocupación.

—Pero no quiero que pienses que quiero salir huyendo.

—Sé que no es eso. —Le di un suave golpecito con el dedo en la nariz—. Venga, vístete que te llevo.

Me miró, sonriente, y se levantó de un salto para vestirse rápidamente. Yo me quedé mirándola durante unos segundos. Era preciosa, y el pelo revuelto le daba un aspecto de indolente lascivia que volvió a excitarme. Maldije entre dientes y me giré para seguir vistiéndome, aunque no pude evitar volver a mirarla de vez en cuando por el rabillo del ojo.

No podía creer la suerte que había tenido. Algún dios debía estar extremadamente complacido para otorgarme un regalo tan extraordinario como era el prodigio de haber gozado de la confianza de Elsa. Porque si no hubiera confiado en mí, jamás se habría acostado conmigo.

La llevé hasta la casa del Triple K en el coche. Ella reposó su cabeza sobre mi hombro mientras yo conducía y sentí que mi corazón se henchía de satisfacción. Nos despedimos con un beso, y le susurré un «te quiero» al oído que la hizo ruborizar. Me sonrió de vuelta, y aunque no pude evitar la leve decepción de que ella no me contestara con las mismas palabras, supe que algún día lo haría. Solo debía tener paciencia.

Se esperó hasta que hube abierto la puerta. Lo saludé con la mano y lo vi partir antes de entrar y cerrarla. Suspiré, emocionada. Iba como caminando sobre nubes, flotando sin que me tocaran los pies en el suelo. Mi único amante había sido el padre de mi hijo, y ahora me daba cuenta de cuán egoísta había sido también en el sexo, porque jamás se había preocupado por si yo alcanzaba el orgasmo, si me gustaba lo que me hacía o si lo disfrutaba.

Con Justin, hacer el amor era sinónimo de dolor e insatisfacción. Con Charlie había sido... todo lo contrario. La manera que había tenido de preocuparse por mí y de mi placer, me llegó hasta el alma mucho más que

todas las palabras bonitas que me susurró al oído. Mucho más que sus «te quiero». Es fácil mentir con las palabras, pero no lo es tanto hacerlo con el cuerpo.

Entré en mi habitación con cuidado para no despertar a Miki, quitándome los zapatos para que no hicieran ruido. Encendí la luz del saloncito previo y me asomé a mi dormitorio para verle dormir apaciblemente al lado de Clara. Qué encanto de mujer. Se había quedado allí para que mi pequeño no estuviera solo. Sentí una punzada de remordimiento por haberlo dejado abandonado durante aquellas horas, aunque en seguida me reocriminé porque no había sido así. Clara estaba con él, y Miki ya no era un bebé.

Entré de puntillas para coger el camisón y me fui a la ducha. Quería quitarme el olor a sexo antes de irme a dormir. No porque me molestara oler a Charlie, sino porque, en parte, me avergonzaba un poco. Me parecía mal acostarme en la cama que compartía con mi hijo oliendo a sexo, aunque Miki no supiera aún qué era aquello.

Me miré en el espejo del baño y vi mis labios hinchados por los besos. Les pasé los dedos, maravillada por el recuerdo, y sonreí como una bobalicona.

¿Debía darle una oportunidad a Charlie? A aquellas alturas, ya sabía que no era como Justin, sino todo lo contrario. Charlie sería un compañero fiel, y un buen padre para Miki. Mi hijo lo adoraba, eso me había quedado claro el día que me había preguntado si podría ser su papá. Lo que entonces me pareció un horror, ahora se perfilaba como un futuro muy plausible. Pero, ¿lo amaba? ¿Estaba enamorada de Charlie? Todavía no lo sabía.

¿Era feliz a su lado? Sí. ¿Me hacía sentir especial? Sí. ¿Notaba mariposillas en el estómago cuando lo miraba? Sí, y también cuando notaba sus ojos fijos en mí. Sentía deseos de besarlo y acariciarlo a todas horas, y cuando me acostaba, me imaginaba cómo sería dormir a su lado. Ahora lo sabía, y me gustaba la sensación de sentirme a salvo entre sus brazos. Pero, ¿lo amaba?

La respuesta a aquella pregunta era importante, porque Charlie no se merecía menos que mi amor. Por eso, debía descubrir qué escondía mi corazón, porque jamás podría dar el paso definitivo con él si no estaba segura. Charlie merecía ser amado con la misma intensidad con la que amaba, y yo no podía ofrecerle menos de lo que él me daba a mí.

Cuando nos despedimos, me hubiera sido fácil mentirle y contestarle un «te quiero» al suyo. Pero habría sonado falso a mis oídos, y me habría avergonzado. Supe que lo había decepcionado, pero cuando esas palabras salieran de mi boca, sería porque estaba convencida de que eran verdad.

Me protegí el pelo con un gorro para no mojármelo y me metí bajo el agua de la ducha. Me di prisa porque estaba cansada, y necesitaba dormir para dejar de pensar. Me froté con rapidez y me sequé igual de deprisa. Me puse el camisón y entré en el dormitorio en penumbra.

Al meterme en la cama, Clara se despertó.

—¿Ya has venido? —preguntó medio adormilada.

—Sí.

—Pensé que te quedarías con él toda la noche —susurró para que Miki no se despertara.

—No he podido. Me sentía culpable por dejar a Miki y no podía dormir.

—Pues él no ha tenido ningún problema. —Ambas estábamos acostadas en la cama, mirándonos de frente, con mi hijo en medio durmiendo apaciblemente.

—Ya lo veo —sonreí. Él no parecía nada preocupado por mi ausencia—. Muchas gracias por cuidarlo, Clara.

—Ha sido un placer. Es un niño muy especial. ¿Cómo ha ido con Charlie?

—Maravilloso. Es un hombre muy especial.

—Sí, todos los hombres de este rancho lo son, aunque a veces se empeñen en demostrar lo contrario.

—¿Lo dices por Kaden?

—Bueno... con todo esto del embarazo, tiene sus más y sus menos. No lo lleva nada bien. Pero me refería a Knox y a Keitan. Pero sobre todo, Knox. Me tiene preocupada.

Charlamos un rato y acabamos quedándonos dormidas sin darnos cuenta. Miki me despertó por la mañana dando saltos en la cama. Al principio me horroricé y lo reñí todavía medio dormida, pensando que Clara estaba durmiendo; pero en cuanto abrí los ojos vi que ya se había ido.

—Miki, por Dios, me has dado un susto de muerte —me reí.

—Tengo hambre, mamá. Quiero desayunar y salir a ver los caballos. ¿Puedo? ¿Eh? ¿Puedo?

Me gustaba verlo así, tan feliz y lleno de energía.

—Está bien —me rendí—, pero si no hay nadie en los establos, no quiero que te quedes allí solo, ¿de acuerdo?

—Ajá. Prometido.

—Bien. Pero primero, tenemos que lavarnos y vestirnos.

—Siiiiiiiiii.

Salió como una flecha de la cama y corrió hacia el baño sin darme tiempo a poner los pies en el suelo.

Quince minutos después, estábamos en la cocina, desayunando solos.

Clara apareció poco después, con cara de sueño. Me sonrió dándonos los buenos días y se sentó con un gruñido.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, pero la espalda está molestándome un poco, y como ahora no es conveniente que me tome los calmantes...

La cojera de Clara le provocaba dolores a veces. En el tiempo que llevaba allí trabajando, más de una vez la había visto tener que tomarse sus pastillas para el dolor, pero desde que estaba embarazada se negaba a tomarlas porque no quería que el hijo que esperaba saliera perjudicado.

—Cuando a mí me duele algo, mamá me pasa las manos por allí y se me cura. ¿Quieres que haga lo mismo, tía Clara? —le preguntó mi hijo, lleno de inocencia.

—Claro, cariño. Te lo agradecería mucho.

Miki se bajó de la banqueta y se puso a su espalda. Con sus pequeñas manos empezó a frotársela con suavidad, como hacía yo con él, mientras Clara hacía algo parecido a un ronroneo que hizo que me tapara la boca para que no me viera reírme.

—Mmm, qué bien, cariño. Tienes unas manos prodigiosas.

—¿Qué es «prodigiosas»? —preguntó él, extrañado.

—Que lo haces muy bien.

—Ah. Entonces, ¿estás mejor?

—Mucho mejor, cielo. Gracias.

Él sonrió, feliz por haber sido de ayuda, y me miró con alegría.

—¿Puedo irme ahora, mamá?

—Sí. Pero ponte la chaqueta antes y vuelve si no hay nadie en el establo, ¿vale?

—¡Vale! —gritó mientras salía corriendo de la cocina.

—Este muchacho es todo un torbellino —comentó Clara.

—Desde que estamos aquí, sí. Antes era mucho más tranquilo.

—¿Y eso es bueno, o es malo?

—¡Bueno, por supuesto! —exclamé yo, riendo. Pero me puse seria al recordar cómo era Miki antes de llegar al rancho—. A veces, me preguntaba si era feliz —confesé con tristeza—. Siempre estaba tan quieto y callado. No era nada revoltoso, ni hacía travesuras. Se entretenía con sus libros, o dibujando. Claro que en el apartamento tampoco había sitio para que corriera. En cambio, aquí, no para quieto dentro de casa.

—Pero, eso es bueno, ¿no? Para su asma, me refiero.

—Parece que sí, a pesar del susto de la última vez, cuando se resfrió. No ha tenido más crisis desde entonces. Incluso estoy planteándome seriamente

permitirle aprender a montar a caballo.

—¡Eso sería magnífico! Miki tiene muchas ganas.

—Sí, y parece que Charlie quiere enseñarle.

—Dale permiso, mujer —me dijo Clara, intentando convencerme del todo—. Si yo pude aprender, él también lo hará. Y se sentirá muy feliz y orgulloso.

—Sí, bastante diferente se siente porque no puede practicar deportes, ni jugar con el resto de niños a según qué cosas. No dice nada, pero cuando íbamos al parque y veía a los otros niños corretear y jugar con el balón, veía lo triste que estaba. Nunca me preguntaba si podía unirse a ellos, porque sabía que mi respuesta sería que no. —Me quedé callada, pensativa—. Quizá lo he protegido demasiado por culpa de mi miedo —susurré al final.

—No lo creo, Elsa —me contestó Clara, convencida de ello—. A mí me pasaba lo mismo, ¿sabes? —dijo, golpeando en el suelo con el bastón que necesitaba para andar—. No era fácil ver a los otros niños correr y saber que yo no podía hacer lo mismo. Era frustrante, pero cuando mi padre vivía, se ocupaba de que me olvidara de eso. Estoy segura de que tú has hecho lo mismo por tu hijo.

—Por lo menos, lo he intentado.

—Es un niño feliz, Elsa. Y eres tú quién lo consigue. Cada día.

—Gracias, Clara. —Alargué la mano para coger la suya—. A veces necesito que me lo recuerden.

—Pues aquí me tienes para recordártelo. —Palmeó mi mano sobre la suya, y de repente, apareció una sonrisilla traviesa en sus labios—. Y ahora, cuenta. ¿Cómo te fue con Charlie? Anoche nos quedamos dormidas antes de que me contaras nada interesante.

Le preparé el desayuno mientras hablábamos. Me sentía tímida y vergonzosa al hablar de aquellas cosas, pero Clara, además de mi jefa, se había convertido en mi amiga y yo necesitaba alguien con quién hablar.

—¿Cómo puedes saber que estás enamorado, Clara? —le pregunté después de contarle lo tierno y atento que Charlie había sido conmigo—, porque estoy muy confusa.

—¿No lo sabes? Tú ya has estado enamorada antes.

—Ya, pero... es que esto no tiene nada que ver con lo que sentí por Justin. Por eso estoy confusa. En parte, tengo los mismos síntomas —me reí, como si estar enamorada fuera una enfermedad—, y me pregunto si no me llevará a cometer los mismos errores. Pero, también siento deseo —confesé en voz baja, temerosa de que alguien más pudiese oírme aunque estábamos solas—. Yo nunca sentí deseo real por Justin. Con él, hacer el amor era una obligación, y además, dolorosa.

—Lo siento porque es el padre de Miki, pero valiente hijo de puta —soltó Clara, asombrándome. No acostumbraba a soltar palabrotas. Yo me reí con tristeza, completamente de acuerdo con ella.

—Con Charlie, todo parece más intenso —confesé en un susurro—. Parecido a lo que sentí por Justin, pero multiplicado. No sé cómo explicarlo —me rendí, al fin.

—Pues yo creo que estás enamorada, aunque no debes preocuparte. Yo también tardé en darme cuenta que amaba a Kaden. Date tiempo, sal con él, y a ver a dónde os lleva todo.

—Debería hacerlo, pero no sé si puedo permitirme ese lujo. Tengo a Miki, y no puedo darle falsas esperanzas. Él está deseando que Charlie se convierta en su padre, y no podría soportar desilusionarlo. ¿Y si llega un momento en que me doy cuenta de que lo único que siento, es lujuria? Charlie ha despertado en mí algo que no sabía que existía, y puede que yo lo esté complicando todo porque no sé diferenciar entre una cosa y la otra. Estoy asustada, Clara.

—Elsa, no puedes proteger a Miki del mundo, ni de sufrir. Sufriré, tarde o temprano. Y no puedes dejar pasar la oportunidad de ser feliz solo por el miedo a hacerle daño. ¿Y si resulta que sí amas a Charlie? ¿Y si todo sale bien? Podrías ser muy feliz, pero si el miedo a hacerle daño a tu hijo te impide arriesgarte... ¿Qué crees que te diría Miki?

—Lo sé, lo sé; pero todo sería más fácil si estuviera segura.

—En este mundo, no hay ninguna seguridad de nada, Elsa.

—Eso también lo sé. ¡Maldita sea! ¿Por qué no serán las cosas más fáciles?

—¡Porque entonces la vida sería muy aburrida! ¿No crees? —se rio, y yo me reí con ella.

Tenía razón. Sin riesgo, no hay ganancia, dicen, ¿verdad? Y me arriesgaría sin pensármelo si no hubiera la posibilidad de que mi hijo sufriera. Pero él era lo más importante para mí, más que mi propia felicidad, y no podía aventurarme a una relación sin tener un mínimo de seguridad de que él no acabaría sufriendo por mi irresponsabilidad.

Quizá debería hablar con él. No era ningún bebé, y estaría bien oír lo que tuviera que decirme. A veces, Miki me sorprendía por su madurez a pesar de tener solo siete años. Supongo que crecer sin tener un padre, y arrastrando una enfermedad que lo postraba en la cama a menudo, había hecho que desapareciera una parte de esa inocencia que debería tener por su edad. Además, nunca le había ocultado nada a mi hijo, ni siquiera que su padre había sido un egoísta irresponsable que nos había abandonado. No le hablaba de él

con rencor, ni con despecho; pero cuando preguntaba (algo que hacía tiempo que no hacía, desde que llegamos al rancho y apareció Charlie en su vida, en realidad), le contaba la verdad, sin disfrazarla.

Sé que para muchas personas es una imprudencia. Otras mujeres, en mi situación, se hubieran inventado a un padre muerto y lo habrían ensalzado como a un héroe, o un santo. Pero a la larga, algo así sería perjudicial para Miki. Cualquiera día, al crecer, podría darse de bruces con la verdad, y entonces sí sería traumático. ¿Y si Justin aparecía algún día por Cascade? No lo creía probable, pero no era algo imposible. Sus padres todavía vivían aquí; de vez en cuando me los cruzaba por la calle, aunque no me miraban siquiera, ni Miki sabía quiénes eran.

Supongo que en el fondo todavía tenía la estúpida esperanza de que Justin se arrepintiera y viniera para conocer a su hijo, aunque eso también me daba mucho miedo y rezaba para que no ocurriera; por lo menos, hasta que Miki fuese mayor.

Me decidí al fin: hablaría con Miki sobre Charlie, le diría que estábamos saliendo, pero que no debía hacerse ilusiones todavía porque no sabía a dónde nos podría llevar la relación.

Esperaba que lo comprendiese.

Capítulo cuatro

Enero fue un mes tranquilo. En el rancho no había mucho trabajo excepto echar un vistazo a las reses para que no les faltara el pienso ni se les congelara el agua, y como anochecía muy temprano, aproveché para pasar las tardes con Elsa y con su hijo.

El chico me encandilaba. Siempre me habían gustado los niños. Adoraba jugar con él, tanto dentro de la casa como fuera. Su madre se había relajado mucho con todo lo referente a los caballos, y me permitía montarlo en Bronco y darle una vuelta alrededor de la casa. A Bronco también le gustaba Miki, y siempre le lamía la mano cuando le daba como premio una zanahoria o una manzana. Después, relinchaba y mostraba los dientes como si se estuviera riendo, y eso hacía que el chico se riera a carcajadas.

Con Elsa, las cosas iban poco a poco. No tuvimos oportunidad de volver a hacer el amor durante mucho días, pero estaba resignado a ello y no la presionaba a pesar del deseo que sentía y que me estaba matando. Los ratos que tenía libres los pasábamos en su salón privado, viendo la televisión y hablando, y los domingos por la mañana, iba a esperarlos a la salida de la iglesia para llevarlos a comer al Grill.

Mi amor por ella fue creciendo durante esos días. Descubrí a la Elsa juguetona a la que le gustaba bromear, y la que me permitía que le robara un beso cuando su hijo no miraba. Nos cogíamos de la mano cuando paseábamos por Cascade, y se reía cuando montaba a Miki en mis hombros y este gritaba de alegría. A veces, la sorprendía mirándome con una mezcla de nostalgia y amor, como si temiera que lo que teníamos, desapareciera. La entendía, porque sabía por todo lo que había pasado al quedarse embarazada, y comprendía que le fuese difícil confiar en los hombres; lejos de enfurecerme, lo que hacía era esmerarme más para hacerle comprender que tenía la intención de estar a su lado durante todos los años que ella me permitiera, y que podía confiarme su corazón porque para mí, sería la posesión más preciada.

Porque yo ya no tenía remedio ni escapatoria, porque mi vida, sin ella, ya no tendría sentido. La amaba con toda mi alma, y quería que se convirtiese en mi esposa; aunque sabía que todavía no estaba preparada para oírlo.

El 14 de febrero, San Valentín, cayó en martes, pero convencí a Clara (no necesité mucho esfuerzo para hacerlo), para que le diera el día libre y cuidase de Miki. Kaden tampoco me puso ningún problema a mí, a pesar de que Knox seguía en Nueva York. El trabajo duro en el rancho no empezaba hasta la primavera, y podía prescindir de mí durante un día entero.

Pasé a recogerla por la casa del rancho a media mañana. Todavía no estaba lista y me entretuve hablando con Kaden en el porche. Nos sentamos en los escalones. Él parecía cansado, como si hubiera pasado una mala noche.

—¿Va todo bien? —le pregunté. Además de mi jefe, era mi amigo y me preocupaba por él.

—Sí. Supongo. —Se encogió de hombros—. Todo esto del embarazo de Clara me está volviendo loco.

—Todo irá bien, ya lo verás.

El pobre estaba preocupado porque le habían programado una cesárea para Clara para cuando fuese el momento. Por culpa de su malformación en la pierna, que le afectaba también la cadera, era peligroso que intentara dar a luz de manera natural.

—Lo sé. Todo el mundo me dice lo mismo, pero no puedo evitar preocuparme. Te juro que estoy planteándome seriamente hacerme una vasectomía.

—¿Lo harías? —pregunté, sorprendido.

—Por supuesto. Pero la muy insensata no quiere ni oír hablar del tema. Espero que después de dar a luz esté mucho más predispuesta a aceptarlo.

—Suerte con eso. Clara no es de las que dan su brazo a torcer.

—Ya, pero con esto, lo hará. No le va a quedar más remedio si no quiere verme morir de un infarto antes de cumplir los cuarenta —gruñó—. Por cierto, hay algo de lo que hace días que quiero hablar contigo. ¿Qué te parecería ser oficialmente el capataz del rancho? Habría un aumento de sueldo, por supuesto; y arreglaríamos la casa que hay detrás del establo para ti.

Aquella casita hacía siglos que estaba abandonada. Bueno, años. Era la que ocupaba antiguamente el capataz, cuando el Triple K lo tenía, en la época del abuelo de Kaden.

—¿Y cómo es eso? Siempre te ha gustado controlarlo todo tú mismo.

—Eso es algo que tengo que cambiar si quiero tener más tiempo para pasar con mi familia. Prefiero tener menos beneficios si a cambio, tengo una vida mejor. He estado trabajando sin parar desde los catorce años, sin tomarme unas tristes vacaciones, siempre ocupándome de todo. No quiero seguir así. Además, si el *resort* funciona bien, el dinero dejará de ser un problema.

Los hermanos de Kaden, Knox y Keitan, estaban inmersos en un proyecto en el que habían estado trabajando desde que estuvieron en la universidad, y esta misma primavera empezaría la construcción, en una parte de las tierras del rancho que ya no se utilizaban como pasto, de un complejo hotelero. Habían conseguido la financiación gracias a los contactos de un amigo suyo, un tío rico de Nueva York.

—Además, si lo tuyo con Elsa funciona, como parece ser, necesitaréis un lugar más íntimo para vivir. Y no creo que a ella le haga gracia irse al cuchitril que ocupas ahora —bromeó.

Tenía razón. Mi apartamento era perfecto para un hombre soltero, pero totalmente inadecuado para una familia.

—Es muy generoso por tu parte —le agradecí.

—En absoluto. Estoy siendo totalmente egoísta. Contigo viviendo aquí, podré relajarme y disfrutar de la vida sabiendo que el rancho está en buenas manos.

—Entonces, acepto.

Nos dimos la mano para sellar el trato. Entre amigos, eso era más que suficiente y ya habría tiempo para ponerlo todo por escrito.

—Estupendo. Esta primavera empezaremos con los arreglos de la casa. Puedes decirle a Elsa que vaya mirando catálogos para que decida cómo la quiere —volvió a bromear, y creo que empalidecí, porque se echó a reír con ganas.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Elsa detrás de nosotros. Casi me atraganto antes de contestar:

—Nada importante, tonterías de hombres.

Ella frunció el ceño pero, por fortuna, Miki vino en mi rescate llamando su atención antes de que comentara algo.

—Dame un beso, mamá.

—Claro, cariño. ¿Estás seguro que no te importa quedarte solo?

—Mamá, por favor —contestó el muchacho con suficiencia—. No me quedo solo, tía Clara está aquí. Además, ya no soy un bebé.

—Tienes razón —contestó ella sonriente—, pero a veces se me olvida lo rápido que has crecido.

—Charlie —me dijo a mí, muy serio—, cuida bien de mi mamá o te las verás conmigo.

En esa ocasión, le tocó a Kaden atragantarse de la risa.

—¿A dónde vamos? —le pregunté en cuanto me subí al coche.

—A Templeton. Pasaremos allí el día.

—¿A Templeton? ¿Y qué vamos a hacer allí?

—Ya lo verás —me contestó con una sonrisa pícaro.

No quiso contármelo por mucho que insistí, algo que me irritó un poco. Me enfurruñé porque nunca me había gustado ir a ciegas. Hacía años que me

había empeñado en controlar cada momento de mi vida, a tenerlo todo perfectamente planificado; pero desde que Charlie había aparecido, eso se estaba yendo al traste y hacía que me sintiera insegura. Durante demasiado tiempo mi vida había estado en manos de las decisiones tomadas por otros, y eso me había llevado a verme en la calle y embarazada. Incluso entonces dependí de otros: primero del reverendo Watson, y después de los asistentes sociales, en cuyas manos estaba la decisión de si yo era capaz de ocuparme de mi hijo o no. Había luchado muy duro para tomar las riendas, y ahora, cualquier alteración me ponía algo nerviosa.

«Pero esto es solo un día de ocio», me reprendí. Puse la radio para ver si con un poco de música se me pasaba el estúpido enfado. Estaba sonando *Ain't No Mountain High Enough* y no pude reprimir la sonrisa. Me encantaba la canción y al poco, empecé a tararearla, no atreviéndome a cantarla en voz alta hasta que Charlie me sorprendió uniéndose a mí.

Acabamos cantando y riéndonos, mientras Charlie marcaba el compás dando golpecitos con los dedos en el volante.

*Oh baby there ain't no mountain high enough
Ain't no valley low enough
Ain't no river wide enough
To keep me from getting to you babe*

«Porque, cariño, no hay montaña tan alta,
ni valle tan bajo,
ni río tan grande,
que me impidan llegar a ti».

Fue un momento muy especial en que le miré mientras cantábamos y me di cuenta, allí, sin saber por qué ni cómo, que me había enamorado perdidamente de este hombre. Y en lugar de asustarme, como pensaba que pasaría cuando llegara el momento, me sentí bien, como nunca me había sentido antes, pletórica y llena de euforia por este sentimiento que creí que nunca volvería a latir en mi corazón.

Las dos horas hasta Templeton pasaron volando. Jamás me había sentido tan a gusto al lado de un hombre, tan confiada, tranquila, feliz y alegre. Tan diferente de lo que había sido mi relación con Justin. Hablamos, bromeamos y reímos mucho. Con Charlie me sentía libre.

Con Justin siempre me había sentido atrapada, como en una cárcel sin barrotes de la que no podía escapar; temerosa de sus exigencias y sus

demandas. Después de que me abandonara, pasé mucho tiempo enfadada con él, sintiéndome traicionada y burlada. Debería haberse casado conmigo, era su obligación, me repetía una y otra vez. Al cabo de un tiempo, el resentimiento dejó paso a la resignación; incluso llegué a culparme por haberme quedado embarazada, liberándolo a él de su responsabilidad. ¡Cómo podía pretender que se casara conmigo! Él tenía que ir a la universidad y yo y nuestro hijo no seríamos más que un escollo para que lograra graduarse.

Al crecer y madurar, ya no sentí nada. Solo una especie de conformidad con lo que me había tocado vivir, unida a la desconfianza por el resto de hombres del mundo. Porque todos eran iguales, unos egoístas irresponsables que no se preocupaban más que de sí mismos.

Con Charlie, todo había cambiado, y me di cuenta por primera vez de que, en realidad, Justin me había hecho el favor más grande del mundo al abandonarme. Si me hubiera casado con él, jamás habría venido a parar al rancho Triple K y nunca habría conocido a Charlie, un hombre que me estaba mostrando con toda la paciencia del mundo que no todos los hombres son iguales. Si me hubiera casado con Justin, jamás habría descubierto lo que se siente al amar y ser amada de verdad.

Llegamos a Templeton y Charlie condujo hasta el Royal Hotel. Paró delante, en la entrada, y bajamos del coche. Sacó una maleta del maletero y un aparca se hizo cargo de él. Miré atónita cómo se llevaba el vehículo y nos dejaba allí.

—¿Qué hacemos aquí, Charlie? —le pregunté. El Royal era un hotel de cuatro estrellas, el más lujoso de Templeton.

—Es una sorpresa —me contestó con ese brillo divertido en los ojos que tanto había llegado a apreciar. Hasta aquel momento.

—Charlie, no me gustan las sorpresas —me enfurruñé.

—Elsa, confía en mí.

—No. No pienso dar un paso más hasta que me digas qué estamos haciendo aquí.

Suspiró, resignado. Se acercó a mí, dejó la maleta en el suelo y me puso las manos sobre los hombros, mirándome a los ojos con intensidad.

—Eres una cabezota.

—Esa soy yo.

—Está bien —claudicó—. Cada año, por San Valentín, en el Royal se celebra un baile de gala.

—Lo sé.

—Esta noche, tú y yo, asistiremos. Y después, dormiremos aquí en una suite.

—Pero... pero...

—Está todo arreglado, y Miki está de acuerdo. Es más, él me ayudó. Yo quería algo especial para ti este día, y la idea de venir aquí fue suya. Incluso me ayudó con las reservas y las invitaciones al baile. Ya sabes que yo no me llevo muy bien con la tecnología.

—Me habéis engañado. Y esto... ¡debe haberte costado un dineral! ¡Y no tengo nada que ponerme! Ni me he traído ropa...

—Sssht. —Me hizo callar poniéndome un dedo sobre los labios y sonrió —. Está todo arreglado. Ya lo verás. ¿Confías en mí?

Lo miré. En sus ojos había expectación por mi respuesta porque era importante para él lo que yo contestara en estos momentos.

—Sí, confío en ti.

—Entonces, no te preocupes por nada. Vayamos a recepción, registrémonos, y al llegar a la habitación verás que todo está bajo control.

—Pero... yo creí que por la noche estaríamos de regreso.

—Clara y Kaden se ocuparán de Miki.

—Pero ellos también querrán celebrar san Valentín.

Charlie me abrazó delante de las miradas divertidas del portero, que estaba esperando que nos decidiéramos a entrar.

—Ya tenían pensado celebrarlo en casa, y si al final se deciden a ir al baile de Cascade, se lo llevarán con ellos.

—Pensarás que soy una idiota por preocuparme tanto.

—No. Pienso que eres una madre maravillosa que está asustada porque su pequeño ya empieza a ser mayor y ya no la necesita tanto como antes.

—Tienes razón. Y Miki, ¿está de acuerdo con todo esto?

—Totalmente.

—Está bien —acepté casi a regañadientes—. Pero quiero hablar con él en cuanto subamos a la suite.

—Está esperando que lo hagas.

—Es un truhán —sonreí.

—Es un gran chico —me dijo él, y en su voz sentí orgullo como si Miki fuese realmente algo suyo.

Elsa estaba nerviosa e impaciente por hablar con su hijo. En el ascensor sentí deseos de abrazarla otra vez y besarla hasta que dejara de pensar, pero la presencia del botones que nos acompañaba y que se había hecho cargo de nuestra maleta en recepción, me lo impidió. Pero en cuanto entramos en la

suite y el muchacho se fue, ya no hubo nada que me obligara a reprimirme.

La cogí del brazo mientras admiraba embobada la suite que había reservado para esta noche, y tiré de ella por sorpresa para pegarla a mi cuerpo.

—Te quiero —le susurré antes de besarla.

Se entregó a mí y al beso sin reservas. Sentí cómo su cuerpo se relajaba entre mis brazos, y cómo los suyos se deslizaban por mi pecho y mis hombros hasta rodearme el cuello. Me enardeció notar los suaves pechos pegados a mí y deslicé las manos hasta tomar sus glúteos para acercarla todavía más.

Profundicé el beso, tomando sin remordimientos todo lo que Elsa me daba. Su pasión. Su entrega. Sus gemidos y suspiros. Tembló entre mis manos como una hoja en otoño y casi sin darme cuenta la fui llevando hacia la cama. Caímos sobre ella y Elsa dejó ir una carcajada. Yo intenté apartarme porque no había sido mi intención hacer el amor en aquel momento, pero me lo impidió aferrándose a mi camisa y atrayéndome hacia ella.

—Ni se te ocurra —me amenazó. Yo sonreí, y volví a besarla mientras empezábamos a quitarnos la ropa.

Hicimos el amor de una manera casi salvaje. Los días de abstinencia teniéndola a mi lado tantas horas, me habían pasado factura. Y ella no se quedó atrás. Fue exigente conmigo, pidiéndome más y más duro, arañando mi espalda desnuda sin contemplaciones, aferrándose a mis nalgas con las manos, pellizcándome para obligarme a penetrarla con rapidez.

—No quiero preámbulos, maldita sea —susurró cuando vio mi reticencia.

Yo quería besarla y acariciarla antes, deleitarme con su cuerpo, pero no me lo permitió. Se aferró a mi cintura con sus largas y magníficas piernas y me provocó, buscando mi miembro.

La penetré con un gruñido, loco de pasión, y embestí en ella como si la vida me fuera en ello. A duras penas tuve el suficiente sentido común para parar un momento y ponerme el condón antes de seguir.

Agotados después del orgasmo, quedamos medio adormecidos sobre la cama, abrazados, con su cabeza sobre mi hombro. Ella se dedicó a acariciarme el pecho con languidez mientras intentábamos que nuestras respiraciones volvieran a la normalidad.

—En unos días —me dijo en un susurro—, el condón ya no será necesario. He vuelto a tomar las pastillas.

—¿Estás segura? —le pregunté. Sabía que los anticonceptivos podían ser perjudiciales para las mujeres—. A mí no me importa usar condón.

Su mano se quedó quieta sobre mi pecho, congelada, y su cuerpo se tensó.

—¿No prefieres sentirme, cuando hacemos el amor?

—¿Qué? —exclamé, desconcertado—. Sí, claro que preferiría sentirte sin interferencias, pero para mí, lo más importante es tu salud, cariño.

—Oh.

No dijo nada más, solo ese «oh» susurrado y lleno de asombro que no comprendí.

—¿Por qué lo dices? —me aventuré a preguntar.

—Por nada.

—Cielo, algún motivo tendrás —insistí, aunque algo me imaginaba.

—No es importante.

—Elsa... —La obligué a mirarme cogiéndole la barbilla con los dedos para alzarle el rostro—. Sí es importante. Para mí, cualquier cosa que tú pienses, sientas o te preguntes, es importante. Dímelo.

—Es que... Justin me obligaba a tomarlas porque no le gustaba usar condón —susurró al fin, avergonzada, apartando la mirada.

—Justin era un imbécil —gruñí. Mi cuerpo se había tensado por la rabia y ella debió notarlo, porque intentó apartarse. No se lo permití—. Cielo, yo no soy Justin —seguí, tragándome la ira que sentía por ese hombre estúpido que tanto daño le había hecho. Si algún día me lo encontraba cara a cara, iba a partírsela—. Para mí, lo más importante eres tú.

Empezó a sollozar, y me rompió el corazón. La abracé con fuerza contra mi pecho y le acaricié la espalda, arriba y abajo, intentando tranquilizarla. Sabía que no lloraba de pena, y aunque comprendía la emoción que debía albergar, teniendo en cuenta la única experiencia que había tenido con los hombres antes de mí, se apoderó de mí una furia ciega dirigida única y exclusivamente hacia Justin. Maldito fuese mil veces.

—Lo siento —murmuró, intentando secarse las lágrimas con la mano—. No suelo llorar, pero no he podido evitarlo. Eres tan diferente y he tenido tanta suerte de encontrarte.

—La suerte la he tenido yo, Elsa. Eres una mujer maravillosa.

—Te quiero, Charlie. Te quiero mucho.

—Shhht, no tienes que decírmelo si no estás segura, cariño.

—Lo sé, pero es que ahora estoy segura —me replicó, alzando su rostro lleno de lágrimas para mirarme—. Sabía que sentía algo, pero no estaba segura de qué. Todo ha sido muy confuso para mí, y no creí que después de todo lo que me había pasado, fuese capaz de volver a amar. Pero ahora lo sé. Lo supe en el coche, mientras cantábamos. —Sonrió, y su sonrisa iluminó el mundo—. Fue como si un rayo me hubiera alcanzado, y supe que te amo con todo mi corazón.

—Elsa... ahora mismo, soy el hombre más feliz y afortunado del mundo.

Un rato después, todavía emocionados, nos levantamos y nos dimos una ducha, juntos. Volvimos a hacer el amor allí, con el agua cayendo sobre nuestras cabezas. Después, nos vestimos y la llevé por sorpresa a un salón de belleza en el que Clara ya había concertado cita, donde le hicieron la manicura y la peinaron. Hablé con la estilista sin que Elsa me oyera, explicándole a dónde íbamos a ir, y esta asintió con una sonrisa cómplice. Iba a dejarla preciosa. Le hizo uno de esos recogidos que a las mujeres tanto les gustan, mientras otra chica le hacía la manicura. Cuando salimos, Elsa estaba emocionada.

—Nunca me he visto tan guapa.

—Porque nunca te has mirado con mis ojos. A mi me pareces muy guapa y sexy hasta cuando estás embadurnada de harina —le dije, lo que provocó que se echara a reír y me llamara tonto.

A las tres de la tarde, estuvimos de regreso en el hotel. Habían llegado los vestidos que había alquilado para el baile de la noche, y Elsa se los quedó mirando con los ojos muy abiertos. Estaban extendidos sobre la cama, con todos los complementos guardados en cajas.

—Pero... pero...

—Voy a avisar a recepción para que suba una doncella a ayudarte.

—¡Pero Charlie!

Su sorpresa me hizo sonreír mientras hablaba con el recepcionista. Había sido un poco truhán, porque no le había dicho que el baile era temático, sobre la guerra civil, y que íbamos a ir vestidos de la época.

—Estarás preciosa.

—Pero Charlie... todo esto te habrá costado mucho dinero.

—Cariño, llevo años trabajando, cobrando un buen sueldo, y no gastando en nada más que lo imprescindible. Ya sabes que no soy caprichoso. ¿Y de qué mejor manera puedo gastarme los ahorros, sino contigo? Quiero verte feliz y sonriente.

—¡Pero yo no quiero que te gastes los ahorros! —exclamó.

Me acerqué a ella y la abracé por la cintura para darle un beso rápido en los labios.

—Prometo que, a partir de ahora, no me gastaré un centavo sin antes consultártelo, ¿de acuerdo? Pero hoy, olvídate de todo y solo disfruta. Es nuestro primer san Valentín, y quiero que lo recuerdes durante el resto de tu vida.

—Iba a recordarlo igual sin todo esto.

—Pero todo esto, lo hace más especial.

—Está bien —claudicó al fin, y su sonrisa me hinchó el corazón de orgullo.

Llamaron a la puerta, y mientras Charlie abría, me acordé de que todavía no había llamado a Miki. De repente, me sentí muy mala madre por haberme olvidado de él. ¡Jamás me había pasado algo así! Corrí hasta el bolso para coger mi móvil, pero no lo encontraba. Siempre me pasaba lo mismo. Llevaba tantas cosas allí dentro, que se perdían y tardaba una hora en encontrar algo cuando lo buscaba.

Vacíé el contenido sobre la cama y empecé a esparcirlo todo.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó, preocupado, acercándose a mí. Alcé la mirada con los ojos llenos de lágrimas.

—No he llamado a Miki —sollocé—. Pensará que soy una madre horrible porque me he olvidado de él.

—Eso no es cierto, cariño. Pensará que por fin te diviertes y estará feliz por ello.

—No. Eso no es cierto. Soy una madre horrible.

Charlie sonrió y estuve a punto de enfadarme con él. Alargó la mano y cogió mi móvil, que estaba ante mis narices pero yo no había sido capaz de verlo con los ojos nublados por las lágrimas.

—Toma. Llámalo y verás como no tienes razón. Y date prisa, la doncella está esperando para ayudarte.

Miré detrás de él y vi a una chica que nos miraba intentando no sonreír. Debía parecer muy tonta a sus ojos, con este medio ataque de histeria maternal. Respiré profundamente y asentí. Cogí el móvil y llamé al rancho. La voz de Clara respondió casi inmediatamente. Hablamos unos segundos hasta que Miki se puso al teléfono.

—Cariño, ¿va todo bien? —le pregunté.

—Claro, mamá. ¿Por qué tenía que ir mal? ¿Y tú? ¿Te lo estás pasando bien? ¿Te ha gustado la sorpresa que te hemos preparado entre Charlie y yo?

—Me ha gustado mucho, cariño mío. ¿Estás enfadado porque no te he llamado antes?

—¡Claro que no! Estoy enfadado porque al final has llamado. Me aposté con Clara que no lo harías y ahora voy a tener que comerme la verdura —contestó enfurruñado. No supe si reírme o enfadarme con él por apostar aunque fuese algo tan inocuo como comerse las verduras.

—Vaya, lo siento. ¿Y qué habrías ganado si no te hubiese llamado?

—Una hamburguesa del Grill.

Me mordí el labio para no reírme. A Miki le volvían loco las hamburguesas que preparaba Sebastian.

—Haremos una cosa. No le digas nada a Clara, pero el primer domingo que abran la barbacoa de la terraza, te llevaré allí a comer. ¿Hace?

—¡Hace! ¡Gracias, mamá! Te quiero mucho.

—Yo también te quiero, cielo.

—Pásatelo bien, ¿vale? Y no te preocupes por mí. Clara me cuida muy bien.

—Lo sé, cariño. Te prometo que esta noche me divertiré mucho, mucho, mucho.

—Bien. Adiós, mamá.

—Adiós, mi niño.

Colgué el teléfono y lo dejé sobre la mesita de noche.

—¿Estás más tranquila?

Asentí con la cabeza.

—Se está haciendo mayor —admití con tristeza.

—Sí, pero siempre necesitaré a su mamá. Lo sabes, ¿verdad?

—Los chicos son diferentes a las chicas.

Charlie me abrazó y me dejé reconfortar por su calor.

—No lo somos tanto —me dijo.

—¿De veras?

—De veras.

Era mentira y yo lo sabía, pero no me importó. Charlie lo decía para consolarme, y se lo agradecí con toda mi alma.

Capítulo cinco

Me metí en el baño para vestirme y dejar a las dos mujeres tranquilas en el dormitorio. Me di una ducha rápida, me afeité, y me puse la ropa para el baile. Era el uniforme de gala de capitán de la unión, y casi me atravesé a mí mismo con el sable. Mascullé una maldición entre dientes porque no era capaz de ponerme bien el talabarte sin que me arrugara la casaca, o el sable quedara colgando al revés. Me sentí un inútil y un manazas. Avergonzado, abrí un poco la puerta del baño y le pregunté a Elsa si podía salir.

—Claro, tonto —contestó, riéndose.

—Es que necesito ayuda —dije, totalmente abochornado—. No soy capaz de ponerme esto.

Levanté la mirada y la vi, de pie delante de la cama. La doncella estaba apretándole el corsé, y me acordé de una escena de *Lo que el viento se llevó*, una película que había visto hacía años con mi madre y que me aburría mortalmente; pero hubo una escena que me marcó profundamente y que pasó a ser el centro de mis sueños húmedos pre adolescentes durante mucho tiempo, aquella en la que la criada le está poniendo el corsé a Vivien Leigh.

Sonreí como un bobo y después carraspeé para volver a tomar el control de mí mismo, pero mi imaginación se desbordó con escenas eróticas en las que yo le quitaba esa prenda muy despacito mientras la provocaba hasta que Elsa gemía de éxtasis.

—¿Qué te pasa?

—Nada —contesté, carraspeando de nuevo—. ¿Puedes ayudarme? Cuando termines con eso.

—Claro.

Me sonrió y yo me giré para quedarme de espaldas con la excusa de dejar el sable encima de la silla; pero lo que quería realmente era poder ponerme bien el pantalón porque la incómoda erección que había surgido espontáneamente tras aquella visión me estaba apretando.

Oí varios *frú frú* detrás mientras me entretenía mirándome las uñas. Las tenía limpias. Bien. Después miré la pared. Había un pequeño desconchón, casi imperceptible, en el ángulo con el techo. Lo diría en recepción por la mañana, antes de irnos. Miré la puerta del baño. Parecía de madera de calidad, robusta y duradera, y pensé que estaría bien poder poner puertas así en la casa que Kaden me había ofrecido para vivir.

Me entretuve observando mil tonterías, cualquier cosa con tal de conseguir que mi erección bajase; pero los movimientos detrás de mí, y el

ruido de la ropa que se estaba poniendo Elsa, no me ayudaban.

Sonreí, taimado, porque aquella noche le haría pagar mi incomodidad.

—¿Me permite que le ayude con eso?

La voz era la de la doncella. Había terminado de vestir a Elsa. Estuve a punto de decirle que sí, pero Elsa se me adelantó con un «No» rotundo que me hizo sonreír. ¿Estaba celosa de que otra mujer me tocara?

—Yo lo haré después, gracias —añadió ante la atónita mirada de la chica que solo pretendía ayudar.

—Muy bien, señora —contestó con una sonrisa al darse cuenta de lo que pasaba, y se fue después que yo le diera una generosa propina por su ayuda.

—Estás muy guapo —me dijo Elsa mirándome a los ojos.

—Y tú estás preciosa —contesté.

Se acercó a mí y me dio un beso ligero en los labios.

—Gracias. Está siendo un día muy especial.

—Y lo será más, te lo prometo.

A las seis de la tarde, ya completamente arreglados, bajamos al comedor. Elsa estaba radiante y lo miraba todo con los ojos muy abiertos, como una cenicienta en su primer baile. Iba cogida de mi brazo y notaba cómo me lo apretaba cada vez que algo la sorprendía.

—Esto es magnífico —susurró mientras seguíamos al camarero hasta nuestra mesa.

—Entonces, ¿te gusta?

—¿Gustarme? Estoy como en un sueño.

Me llevé su mano a los labios y la besé, mirándola a los ojos.

—Me alegro mucho.

Nos sentamos en la mesa reservada para nosotros, a pie de pista. Sobre el escenario, una orquesta estaba tocando un vals y ya había gente bailando.

—¿Has bailado el vals alguna vez? —le pregunté.

—No.

—Yo tampoco. —Nos echamos a reír—. ¿Te gustaría intentarlo?

—¿Y si acabamos en el suelo?

—Nos reímos de nuestra propia torpeza, y asunto arreglado.

—No tienes sentido del ridículo, ¿verdad? —bromeó.

—¿En estos momentos? Ninguno en absoluto. Solo puedo pensar en presumir de tener a mi lado a la mujer más bella de todo el baile.

Mi halago provocó que el rubor inundara sus mejillas y sentí deseos de besarla profunda y apasionadamente. Me contuve, porque no era ni el momento ni el lugar, pero me levanté y le ofrecí mi mano.

—¿Te atreves?

Aceptó con una sonrisa radiante.

—Que no se diga que no acepto un reto.

Ninguno de los dos sabía bailar, pero verla sonreír feliz era todo un premio. Lo hicimos lo mejor que supimos, y yo me complací al verla girar por la pista entre mis brazos, tan radiante.

Todo era magnífico y abrumador.

El vestido, de una tela tan suave que creí que era seda, era maravilloso, a pesar de ser muy incómodo. ¿Cómo podían nuestras antepasadas moverse con estos corsés, y sobrevivir a ello? De todas formas, me vi como una princesa de cuento, como Cenicienta o Bella. Tenía un escote en forma de V que me dejaba los hombros al aire, rodeado de tres hileras de volantes que flotaban. Era verde clarito, con el cuerpo muy ceñido, y la cintura estaba rodeada con un cinturón de un tono más oscuro. La falda caía alrededor de mis piernas, soportada por el can can que le daba un vuelo imposible. Sentarme fue una locura y tuve que hacerlo en el borde de la silla para que la falda no se levantara por delante, impulsada por los aros.

Pero valió la pena cada momento de incomodidad para poder disfrutar de una noche de san Valentín de ensueño al lado de Charlie.

Él sí que iba muy guapo, con su uniforme azul de oficial de la Unión. Sus ojos brillaban de deseo cuando me miraba, y me sentí hermosa, deseable, especial. A pesar de que de vez en cuando se tropezaba con el sable que llevaba colgado del cinto, soltando una maldición que me hacía reír.

Éramos como dos peces fuera del agua intentando bailar danzas que no conocíamos, y movernos con ropa que nos hacía sentir incómodos; pero nos divertimos, y nos reímos mucho.

A media noche, salimos al jardín para huir del ambiente cargado. Paseamos cogidos de la mano por los senderos de gravilla y respiramos el dulce aroma de las flores.

—¿Te lo estás pasando bien? —me preguntó, reticente, como si temiera que mi respuesta fuera a ser «no».

—Sí. Es todo tan... mágico.

Nos detuvimos al lado de una fuente y yo me estremecí por el frío. Estábamos a mediados de febrero y el aire todavía era gélido.

—Espera.

Charles se quitó la casaca y me la puso sobre los hombros, como un auténtico caballero.

—Gracias.

Nos quedamos de pie, uno delante del otro, mirándonos a los ojos, sin decir una palabra. Sus ojos brillaban con el reflejo de los farolillos que habían colgado para alumbrar el jardín.

—Quería que fuese una noche especial, pero creo que no está resultando como quería —confesó con resignación—. Yo me tropiezo con este cachivache cada dos por tres —golpeó la empuñadura del sable con la mano—, y tú ni siquiera puedes sentarte bien con estas faldas.

—Pero a pesar de todo eso, es una noche especial. Charlie —me acerqué más a él y le puse las manos sobre el pecho—, jamás había soñado en poder vivir una noche como esta. Es como un sueño, como si me hubiera convertido en una princesa de cuento.

—¿Y yo soy tu príncipe azul?

—Mi príncipe rubio de ojos azul tormentoso —susurré, ofreciéndole mi boca entreabierta.

Él no lo dudó, y la tomó en un beso que hizo que se me encogieran los dedos de los pies y se me erizaran los pezones por el deseo. Me rodeó la cintura con las manos y me colgué de su cuello, enterrando los dedos en su pelo, acercándolo más a mí con un anhelo que nacía en el centro de mi feminidad.

Nuestras bocas se separaron, jadeantes, y nuestro aliento se mezcló mientras intentábamos recuperarlo. Lo deseaba, en aquel mismo momento. Sentía un vacío en mi interior que solo él podría llenar.

—Vayamos a la habitación —le susurré en la oreja.

—¿Estás segura? —me preguntó mientras me besaba en el cuello.

—Completamente. Necesito sentir tus manos y tu boca sobre mi piel, o me volveré loca.

Aspiró con fuerza, excitado por mis palabras, y me besó salvajemente, conquistando mi boca con sus labios firmes y decididos.

—Como desees —me susurró al terminar.

Hicimos el amor con precipitación, como si nos fuera la vida en ello. El ansia por tocarnos y amarnos, se convirtió en algo salvaje e indómito que nos llevó a la cima de un feroz placer que nos hizo gritar hasta quedarnos roncós. Exigentes el uno con el otro, y generosos al mismo tiempo, nos entregamos sin pudor al goce de la carne, sin analizar por qué nos sentíamos así, tan vivos y exultantes.

Fue una noche maravillosa en la que acabamos durmiéndonos, felices y sudorosos, el uno en brazos del otro.

Aquella noche, tomé una resolución: iba a pedirle a Elsa que se casara conmigo. Todavía no sabía cuándo ni dónde lo haría, pero tenía la determinación y la esperanza de que ella no me rechazaría. Me amaba, igual que yo la amaba a ella, y estaba cansado de robar pedacitos de noche para poder besarla a escondidas, para que Miki no nos viera porque a ella le daba reparo y vergüenza. Quería poder dormir con ella cada noche, hacerle el amor, estar a su lado, y compartir todas sus preocupaciones y anhelos.

Una de las cosas más difíciles que hice una vez tomada la decisión de pedirle a Elsa que se casara conmigo, fue hablar con mi padres para darles la noticia. Aproveché el domingo por la mañana para hacerlo, y así me aseguraba también la presencia de mi padre. Llegué a medio día, y subí los escalones hacia el primer piso, donde había vivido toda mi infancia y parte de mi adolescencia. Iba eufórico y asustado a partes iguales porque, aunque estaba convencido de que Elsa estaba enamorada de mí, no sabía si sería lo bastante valiente como para aceptarme. Había sufrido mucho en el pasado y, aunque odiaba que pudiera compararme con el maldito padre de Miki, el hombre que la había traicionado de la peor manera posible, no me parecía descabellado que lo hiciera. La herida había sido muy profunda y sabía que, de alguna manera, todavía sangraba de vez en cuando.

Mi madre me abrió la puerta y me recibió con sorpresa. La abracé y le di un beso en la mejilla, como hacía siempre. Era una gran mujer, fuerte y luchadora, y la quería mucho aunque a veces me agobiaba con sus críticas por mi trabajo.

—Cariño, qué alegría verte. ¿Vas a quedarte a comer? —me preguntó. Me miró con sus ojos negros brillando de felicidad y no pude negarme.

—Si no supone una molestia...

—Qué tonterías dices. Como si tener a mis hijos en casa fuese un engorro —rezongó mientras entrábamos en casa.

—¿No está papá? —pregunté al no verlo sentado en su sofá delante del televisor.

—No, hijo. Ha tenido que ir a la fábrica. Hay no se qué problema y necesitaban que fueran algunos a echar unas horas extra.

—Vaya, esperaba poder hablar con ambos a la vez.

—¿Con ambos? —Me hizo sentar en el sofá y se puso delante de mí, mirándome con sorpresa y extrañada. Tenía el pelo suelto, todavía negro brillante, pero ya se le adivinaban algunas canas. Era una mujer preciosa, y nunca me extrañó que mi padre se volviera loco por ella. Lo que nunca entendí

es qué vio ella en mi padre, un irlandés gruñón que en aquella época no tenía dónde caerse muerto.

Dios, yo era un irlandés que no tenía dónde caerse muerto.

De repente, la idea de pedirle matrimonio a Elsa ya no me parecía tan buena. Ella se merecía a alguien mucho mejor que yo. Alguien que pudiera darle todo lo que merecía, ponerle el mundo a sus pies y que no tuviera que preocuparse nunca más por nada.

—¿Qué te ocurre, hijo? De repente, tu rostro se ha demudado —me preguntó con preocupación.

—Mamá, ¿por qué te casaste con papá? Tú eres una mujer muy inteligente, y guapa. Podrías haber encontrado un hombre... no sé, más rico y guapo.

Mi madre soltó una risita y me cogió las manos, negando con resignación por la estupidez de su hijo.

—¿Y para qué querría yo un hombre más rico y guapo? Tu padre era todo lo que yo había soñado. Sí, es gruñón a veces, pero también es generoso, y cariñoso. Aunque al principio pasamos algunas dificultades, nunca me faltó nada de lo que realmente necesitaba: cariño, ternura, comprensión. Amor. Y yo estaba muy necesitada de todo eso. Supo ganarse mi corazón con paciencia, y me convenció de que arriesgarme con él, no era un riesgo en absoluto. Y me lo ha demostrado día a día, cariño. Y, ¿por qué me preguntas eso ahora?

—Porque estoy enamorado, mamá. Pero no tengo nada que ofrecerle.

—Vaya —exclamó, con sorpresa—. Mi niño está enamorado. —Me abrazó con fuerza, empujando mi cabeza hacia su pecho como cuando era pequeño, y me acunó—. ¿Es una buena chica?

—Sí, mamá. Es maravillosa, buena, cariñosa, generosa... Además de muy bonita.

—Entonces, lo único que necesita que le entregues es tu corazón. Una mujer de verdad es lo único que espera del hombre que ama. Amor. Confianza. Cariño. Todas esas pequeñas cosas a las que a veces no damos la suficiente importancia.

Me incorporé y le cogí las manos, agradecido por sus palabras.

—Elsa ha sufrido mucho en el pasado, mamá. No tiene a nadie, solo a su hijo. Lo ha criado ella sola, sin ayuda de nadie.

—¿Divorciada?

Negué con la cabeza.

—No. Su novio la abandonó cuando le dijo que estaba embarazada, y sus padres la echaron de casa cuando solo tenía diecisiete años.

—¡Qué hijos de..! —exclamó furiosa, con los ojos relucientes por la ira

—. ¡Cómo pudieron hacer algo así! A un hijo nunca debe dársele la espalda, jamás, sobre todo cuando cometen errores. ¿Qué clase de padres son esos? Bueno, no importa, si vas a casarte con ella, ¿porque vas a casarte con ella, no? —me preguntó mirándome fijamente. Yo asentí, temiendo echarme a reír por su enfado. Mi madre era adorable—. Bien, entonces ya tiene familia. Será recibida en esta casa con los brazos abiertos. Y su hijo, también. ¿Qué edad tiene?

—Siete años.

—¡Estupendo! A tu padre le encantará llevarlo a los partidos.

Yo me eché a reír al fin, y la abracé con fuerza.

—Eres la mejor, mamá —le dije con emoción.

—Espera, espera. —Me apartó un poco de ella para poder mirarme a la cara—. ¿Vas a pedirle pronto que se case contigo?

—Eso planeo.

—Entonces... Espera un segundo, no te muevas.

Se levantó y corrió hacia su dormitorio. La oí abrir cajones y soltar algún que otro exabrupto. «¿Dónde lo habré metido?» rezongó mientras revolvía las cosas. Al cabo de unos minutos, salió con el triunfo reflejado en su rostro alegre, y una cajita en la mano. Se volvió a sentar a mi lado y me la dio.

—Toma.

Era una cajita de joyería antigua. Yo la miré parpadeando sin comprender, ni atreverme a abrirla.

—¿Qué es?

—Ábrela y lo verás.

Lo hice, y me encontré un anillo de pedida espectacular. Era antiguo, de oro blanco. El aro estaba modelado en forma de hojas de enredadera que subían por ambos lados en dirección a un gran rubí en forma de corazón, y en el centro de cada hoja había un pequeño diamante. Era precioso, y seguramente, muy caro.

—¿Mamá? —dije, sorprendido. Nunca lo había visto antes.

—Era el anillo de mi madre, tu abuela. Mi padre se lo puso en el dedo el día que accedió a casarse con él. Es lo único que me queda de ella. Afortunadamente, me lo dio el mismo día en que murieron en el accidente, y pude esconderlo o habría desaparecido, vendido, como todo lo demás —me contó con tristeza.

Cuando sus padres, mis abuelos, murieron, mi madre tenía trece años, y fue obligada a ir a vivir con su abuela a la reserva, una mujer que nunca había aceptado que su hija se casara con un blanco.

—Lo tuve escondido durante muchos años —recordó con tristeza—.

Cuando tú naciste, recuerdo que pensé que mamá estaría muy feliz si volvía a lucir en el dedo de una mujer enamorada de mi hijo. Por eso te lo doy.

—A Elsa le gustará mucho, estoy seguro. Y cuidará de él.

Mamá asintió en silencio y se enjuagó una pequeña lágrima de emoción.

—Eres un buen hombre, Charlie. Y estoy muy orgullosa de ti.

Un rato más tarde, llegaron mis hermanos. Mi madre les anunció la buena noticia y tuve que oír sus burlas durante toda la comida.

Febrero pasó y dio paso a marzo. Miki estaba más que feliz por todas las atenciones que recibía de Charlie. Algunas veces, cuando este terminaba su jornada, yo acompañaba a mi hijo hasta los establos para verlo montar a Bronco. Jamás le había visto tan contento como cuando estaba subido a ese animal. Charlie tenía mucho cuidado con él, y jamás lo dejaba solo; controlaba el caballo desde el suelo, con las riendas firmemente sujetas en sus manos, y yo empecé a hacerme a la idea de que, cuando llegara la primavera, tendría que permitirle que aprendiera.

Después, cuando lo veía ayudar a Charlie a cepillar a Bronco y darle de comer, me ponía nerviosa al verlo tan cerca del animal; pero comprendí, quizá por primera vez, que se estaba haciendo mayor y que yo no podría protegerlo del mundo. Él era feliz allí, entre caballos, y yo no tenía ningún derecho a quitárselo solo porque a mí me daba miedo.

—Quiero enseñaros algo antes de volver a la casa —dijo Charlie aquel día de principios de marzo.

Miki y yo le seguimos, llenos de curiosidad, hasta el coche.

—¿Tardaremos mucho? —le pregunté—. He de servir la cena en unos minutos.

—Diez, quince minutos a lo sumo. No te preocupes.

Todavía era de día, pero estaba anocheciendo con rapidez. Fuimos en coche cinco minutos por uno de los caminos de tierra del rancho, hasta llegar a una casa desvencijada que nunca había visto antes.

Bajamos del coche y nos llevó de la mano hasta unos metros del porche. Era una casa grande, de madera, con un tejado a dos aguas azul oscuro. El porche ocupaba toda la fachada frontal, con una barandilla blanca y columnas desconchadas, igual que las paredes. No tenía cristales, y la puerta de entrada estaba desencajada y medio caída. Tenía un aspecto casi aterrador, lista para rodar una película de terror.

—¿Qué es esto?

—Será mi nueva casa, en cuanto la reforme —anunció, orgulloso—. Viene con el puesto de capataz.

—¿Te han hecho capataz? —pregunté, sorprendida.

—Sí. Kaden me lo comentó el mismo día de san Valentín, pero no quise decir nada hasta que fuera oficial. Ayer firmamos el contrato.

—¡Es maravilloso! —Lo abracé, llena de alegría por él. A Charlie le gustaba mucho su trabajo, y este ascenso era un merecido reconocimiento por su dedicación—. ¿Y cómo ha sido eso? Kaden no parece de los jefes a los que les gusta delegar.

—Eso mismo le dije yo —contestó, riéndose en mi oreja mientras me devolvía el abrazo—. Pero quiere tener más tiempo para dedicarle a su familia, y dice que solo estará tranquilo si sabe que el rancho está en buenas manos.

Me aparté un poco de él y le acaricié el pecho. Un calor sofocante me subió por las piernas al ver su mirada tan intensa fija en mí. Casi me olvido de que mi hijo estaba presente y lo beso allí mismo.

—Puedes besarlo, mamá —me dijo el enano, como si me hubiera leído el pensamiento—. ¿Te crees que no sé qué hacéis cuando me mandas a la cama? —siguió, con aire de suficiencia.

Yo me puse roja como la grana, y Charlie estalló en carcajadas.

—¡Niño! ¡No seas un impertinente! —lo reñí, y Charlie todavía se rio más.

—Ese niño, ¿soy yo? ¿O es él? —me susurró en el oído.

—Los dos. A veces, tú eres peor que él.

—Soy un pobre tonto que te quiere con locura, y que necesitará tu ayuda para escoger los materiales para arreglar la casa, porque yo no tengo ni idea.

—Pero... —Aquella petición, me sorprendió. Sí, estábamos saliendo desde hacía unas semanas, y estábamos enamorados, pero ninguno de los dos había hablado de tener un compromiso más allá de eso. En realidad, yo no sabía si estaba preparada, y ayudarlo en la reforma de la casa, ponerla a mi gusto, implicaba precisamente eso—. Yo no sé...

—Yo sí que no sé ni por dónde empezar, Elsa. Y Kaden dice que me ocupe yo de todo, que él se va a limitar a pagarlo. He de hablar con el constructor esta misma semana para que empiece con los planos, pero, ¿qué le digo? ¿Cómo la quiero? ¿Rústica? ¿Tradicional? ¿Con los interiores más modernos?

—Modernos, por supuesto —contesté sin dudarlo—, sobre todo, los baños y la cocina. ¿Cuándo se construyó la casa?

—Tiene ciento cincuenta años, por lo menos. Es extraño que no la derruyeran en los setenta, como hicieron con los antiguos barracones de los

vaqueros.

—Hubiera sido una lástima —le repliqué yo, con mi mente trabajando ya a toda velocidad, imaginándomela completamente reformada—, porque volverá a ser una casa magnífica cuando esté todo reparado.

—Será un buen lugar en el que vivir y formar una familia, ¿no te parece?

—Probablemente —acepté, sintiendo que las piernas me temblaban. ¿Qué estaba tratando de decirme? Bueno, había que ser estúpida para no darse cuenta, pero también podía ser que todo fuese fruto de mi imaginación y que aquel comentario no trajera consigo ningún doble sentido.

Al final, llegué a la conclusión de que era la segunda opción, pues pasaron los días y, aunque Charlie seguía igual de cariñoso y enamorado, no me pidió que me casara con él, lo que me produjo alivio y pesar al mismo tiempo.

Alivio, porque no sabía si estaba preparada para vivir en pareja. Había estado sola con mi hijo durante siete años, desde que mis padres me echaron de casa y me borraron de sus vidas. Sola, aprendí a valerme por mí misma, a tomar decisiones sin tener que pedirle consejo ni rendirle cuentas a nadie. Todo era solo responsabilidad mía, y no tenía que discutir para imponer mi criterio a la hora de decidir. Tener un hombre a mi lado me traería muchas cosas buenas, pero también tendría que cambiar mi manera de vivir, y compartir responsabilidades y aprender a escuchar su opinión.

No es que eso fuera a darme muchos problemas porque nunca he sido especialmente testaruda, pero temía que, cuando las decisiones afectasen a mi hijo, me empecinaría en hacerlo todo a mi manera. Yo era súper protectora con Miki, lo sabía, y también era consciente que eso tenía que cambiar; pero una cosa era que mi mente lo supiera, y otra que mi irracional instinto maternal lo aceptara. Y sabía que Charlie me empujaría hacia allí, como estaba haciendo ya ahora con todo este asunto de los caballos y aprender a montar. Si no hubiese sido por él, jamás me hubiera planteado siquiera darle permiso a Miki para acercarse a uno de estos animales. Si había logrado eso cuando ni siquiera éramos una pareja «oficial», ¿qué conseguiría si nos íbamos a vivir juntos? Porque sabía que me presionaría al respecto, y con toda la razón del mundo.

Pero por otro lado, estaba cansada precisamente de estar sola, de tener que tomar yo todas las decisiones, de no tener a nadie con las que compartir las preocupaciones, de no tener a alguien en quién apoyarme en los momentos malos. Alguien que me abrazara y me dijera: «todo va a ir bien». Y amaba a Charlie, era mi oportunidad de intentar ser feliz, y de olvidar la amargura que me había ido invadiendo con los años de soledad.

Visto con frialdad, la decisión era fácil de tomar; pero cuando los sentimientos están mezclados, hasta la decisión más sencilla se vuelve complicada. Y si, además, añadimos a eso el miedo que tenía a ser traicionada y abandonada otra vez... mi indecisión se enmarañaba todavía más.

Capítulo seis

Estábamos llegando a finales de marzo. El día amaneció claro y soleado. La primavera estaba muy cerca y hacía muchos días que no nevaba, por lo que la nieve había empezado a desaparecer. Dentro de nada volvería la cuadrilla, el trabajo se multiplicaría y en mi nuevo cargo de capataz, tendría mucho más trabajo y menos ocasiones de escaparme para ver a Elsa y a Miki.

Pensé que sería una buena idea llevarme al muchacho a dar un paseo a caballo aprovechando el buen tiempo. Hasta aquel momento, solo había dado pequeñas vueltas al amparo de los establos o por el cercado de delante, y creí que le gustaría tener una pequeña aventura.

Elsa accedió a regañadientes, por supuesto. Sabía que tenía que aflojar las riendas con las que gobernaba la vida de su hijo, pero eso no hacía más fácil para ella aceptarlo.

—Cuidaré de él, te lo prometo. No le pasará nada, y en menos de dos horas estaremos de regreso.

—Está bien —aceptó al fin, y no pudo evitar echarse a reír cuando Miki empezó a dar saltos de alegría.

—Bien, chico —le dije poniéndome muy serio—. ¿Qué es lo que tienes que hacer ahora?

—¡Coger la chaqueta, la bufanda, el gorro y los guantes!

Salió corriendo hacia su habitación para coger las cosas mencionadas, y yo me quedé con Elsa en la cocina, esperándolo.

—Miki te quiere mucho, y yo no sé cómo agradecerte todo lo que haces por él.

—¿En serio no lo sabes? —coqueteé cogiéndola por la cintura y apretándola contra mi cuerpo. Hundí el rostro en la curva de su cuello y la besé allí.

—Por eso lo haces, ¿verdad? —bromeó colgándose de mi cuello—. Para que te deje entrar en mi cama.

—No me juzgues severamente por eso —susurré—, porque tu cama es el mejor lugar del mundo en el que estar.

—¡Ya estoy!

La vocecita de Miki nos interrumpió. Ambos sonreímos cuando lo miramos y vimos que lo llevaba todo puesto pero abrochado a medias. Era un chico listo, pero a veces la impaciencia podía con él.

—Ven aquí, pequeñajo —le dije. Me arrodillé delante de él y procedí a

abrocharle la chaqueta, encasquetarle bien el gorro de lana, y enrollarle la bufanda en el cuello—. Ahora sí que estás listo. ¿Vamos?

Salimos cogidos de la mano. Al bajar del porche, Miki se giró para decirle adiós a su madre y yo me giré con él para saludarla con la mano. Llegamos a los establos en poco tiempo. Miki no paraba de reír, sentado sobre una bala de paja, mirándome preparar a Bronco.

—¿Estás emocionado por la salida?

Asintió con la cabeza.

—Creí que mamá no me dejaría nunca.

—Tu madre se preocupa por ti. Tiene miedo de que te pase algo.

—Pero tú cuidarás de mí, ¿verdad?

—Por supuesto. ¿Estás listo?

Lo monté sobre Bronco y yo lo hice detrás. Lo rodeé con un brazo para sujetarlo contra mi cuerpo, y con la otra mano sujeté las riendas.

—¿Vamos allá?

Salimos al paso. Miki se agarraba al pomo de la silla sin decir nada, feliz por la anticipación del paseo que nos esperaba. Se sentía fascinado por los caballos y aquella excursión era un regalo inesperado para él. Durante mucho rato, no dijo nada. Sus ojos miraban embelesados a su alrededor.

—No es lo mismo verlo todo desde aquí arriba que desde dentro de un coche.

—No, no lo es. ¿Te lo estás pasando bien?

Asintió con la cabeza con fuerza y la borla del gorro de lana me golpeo en la barbilla. Me eché a reír por su muda vehemencia.

—¿Crees que mamá me dejará aprender a montar?

—Estoy seguro que sí, ya lo verás. Pero has de tener paciencia.

—Ya lo sé —dijo con tristeza—. A veces odio tener asma, ¿sabes? No me gusta.

—A mí tampoco me gustaría. Y seguro que a Clara no le gusta estar coja, pero no ha dejado que eso le impida ser feliz. Todos tenemos limitaciones, Miki, y tenemos que aprender a vivir con ellas. Pero a veces, es bueno ponerlas a prueba.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, Clara creía que no podría montar a caballo por culpa de su pierna, pero Kaden la convenció de que si lo intentaba, lo lograría.

—Y tú, ¿tienes limi... limi...? Eso que has dicho.

—¡Claro que sí! Te voy a contar un secreto que espero me guardes: no me gustan las montañas rusas. Me dan miedo.

—¡Pues a mí me encanta subirme! El año pasado, cuando vino la feria, me

subí varias veces. A mamá no le hizo mucha gracia, pero ya soy lo bastante alto como para que me dejen subir y no pudo decirme que no.

—¿En serio? Pues eres más valiente que yo.

Pasamos una mañana divertida, hablando, riendo, y estrechando lazos varoniles. El chico estaba ávido por tener una figura masculina en su vida y a mí me enorgulleció que me hubiera escogido como ejemplo a seguir por delante de los hermanos Wescott, con los que convivía diariamente.

Ya era casi mediodía cuando decidí que era un buen momento para regresar. Hice girar a Bronco, controlándolo con las rodillas y con la mano derecha firme en las riendas, mientras con la otra seguía cogiendo con fuerza a Miki.

Fue entonces que sobrevino el desastre.

No sé exactamente qué fue lo que asustó a Bronco, qué vio o sintió, pero se encabritó, levantando las patas delanteras primero, y coceando con fuerza después. Miki se asustó e intentó girarse para agarrarse a mí. Casi salió despedido de mis brazos. Solté las riendas para poder cogerlo y perdí el control de Bronco. Caí del caballo, girando en el aire para poner al chico a resguardo, protegiéndolo con mi cuerpo del golpe contra el suelo, pero tuve mala fortuna y el pie derecho se me quedó enredado en el estribo. Mi espalda golpeó contra el suelo mientras el caballo volvía a encabritarse, retorciéndome la pierna. Estoy seguro que solo fueron dos o tres segundos los que estuve así, pero el tiempo pareció detenerse mientras rebotaba y volvía a alzarme del suelo, aferrado al chico para que no saliera despedido, rezando para no caer bajo las patas de Bronco.

—¿Charlie?

Su voz, quebrada por el miedo que había pasado, al borde del llanto, hizo que volviera en mí inmediatamente. Respirábamos agitadamente, ambos asustados de muerte. Intenté moverme y fue cuando me sobrevino un dolor tan intenso que casi perdí la consciencia.

—Bronco se va, Charlie.

—No te preocupes —susurré, esforzándome por mantenerme despierto a pesar del dolor—. Irá hasta el rancho, lo verán, y vendrán a buscarnos. Ya lo verás. Pero tardarán un rato. ¿Estás asustado?

—Sí. Estás sangrando.

Alcé la cabeza con cuidado. El dolor era casi insoportable, pero luché para que no me dominara. Miki estaba sentado en el suelo, a mi lado, y miraba hacia mi pierna con los ojos llenos de lágrimas.

—Creo que te has roto la pierna. ¿Ha sido culpa mía?

—No, cielo, claro que no.

—Sí, lo ha sido. Si no me hubiera girado, tú no habrías tenido que soltar las riendas. —Se echó a llorar abiertamente—. Lo siento, Charlie. ¿Vas a dejarme ahora también, como mi papá?

—¿Qué? —me sorprendí. Maldita sea, jamás hubiese pensado que Miki se echara la culpa por el abandono de su padre—. ¡Claro que no, cariño! Ven aquí.

Extendí los brazos hacia él y no dudó ni un instante en echarse en ellos y dejarse abrazar mientras lloraba desconsoladamente.

—Miki, cariño, ahora vas a tener que dejar de llorar y ser valiente, ¿de acuerdo? Porque necesitaré tu ayuda.

Se apartó de mí para quedarse de rodillas a mi lado. Se limpió las lágrimas con la manga de la chaqueta y asintió.

—Dime qué tengo que hacer.

Acababa de pasar la aspiradora por el piso de arriba y estaba recogéndola, cuando oí los gritos de Kaden. Al principio, pensé que le estaba pasando algo a Clara. Dejé la aspiradora donde estaba y bajé corriendo las escaleras para salir al exterior. Kaden venía corriendo hacia la casa mientras Keitan, a medio camino de los establos, iba hacia ellos llevando de las riendas a Bronco, el caballo de Charlie.

El corazón empezó a palpitarme con fuerza.

—¿Dónde están Miki y Charlie? —le pregunté cuando pasó por mi lado como una tromba.

—No lo sé.

«No lo sé». Fueron tres simples palabras que derrumbaron todo mi mundo.

Lo que pasó a continuación permanece en mi mente como una de esas película viejas, a retazos desaparecidas. Recuerdo la angustia; la voz de Kaden hablando por teléfono; los brazos de Clara a mi alrededor, empujándome con suavidad hacia el salón, y su voz consoladora diciéndome: «Los encontrarán, ya lo verás». El dolor y las lágrimas, pero sobre todo, el inmenso sentimiento de culpabilidad por haberle permitido a mi hijo aquella excursión. Y enfado. Una ira incontenible contra Charlie porque él me había prometido que no pasaría nada, que todo iría bien, que cuidaría de Miki y no le permitiría que le pasara nada.

Pero ahora, Miki y él estaban desaparecidos, en algún lugar del rancho, solos, probablemente heridos.

Sé que maldije a Charlie muchas veces. Que se mezclaron el temor a que le hubiese pasado algo y la cólera por no haber cumplido su palabra. Me había defraudado cuando había empezado a confiar en él. Tuve un ataque de ansiedad y me suministraron un tranquilizante que me sumió todavía más en un estado neblinoso en el que ya no sentí nada. La oscuridad se apoderó de mí y caí en un letargo poblado de pesadillas en las que Miki y Charlie estaban muertos.

Miki se portó como un campeón. Me ayudó a hacerme un torniquete con el cinturón de cuero para cortar la hemorragia. Por suerte, no era arterial o hubiera muerto en pocos minutos. Me dolió horrores, y tuve que apretar la mandíbula con fuerza para no empezar a gritar y llorar como un niño mientras apretaba el cinturón alrededor del muslo.

Yo no podía moverme, así que fue él quien se encargó de encender un fuego, poniendo en un montón todo lo que encontró en los alrededores que fuese susceptible de prender y hacer humo. Porque era nuestra única posibilidad, que cuando Kaden y Keitan salieran a buscarnos, vieran en el horizonte una columna de humo que les indicara nuestra posición.

La pierna me dolía a rabiar. Sabía que estaba rota por dos sitios por lo menos, y una de las fracturas era abierta. El hueso había roto el músculo y el pantalón, y era por ahí por donde estaba sangrando.

Pero lo que más me dolía era haberle fallado a Elsa. Le había prometido que cuidaría de Miki y que no le pasaría nada; pero aquí estábamos, perdidos en mitad de los pastos, sin saber si nos rescatarían pronto. ¿Qué pasaría si al pequeño le daba un ataque de asma? El inhalador estaba en las malditas alforjas, sobre Bronco, igual que el agua y los *sandwiches* que Elsa nos había preparado por si nos entraba hambre.

—Nos encontrarán pronto, ya lo verás —le dije a Miki, pero creo que lo hice más para convencerme a mí mismo porque él parecía bastante tranquilo.

—Lo sé.

Yo seguía tumbado en el suelo, en el mismo lugar en el que había caído. Miki había hecho la fogata a mi lado, prendiéndola con el mechero a gasolina que siempre llevo en el bolsillo por si acaso, y se había sentado cerca de mí.

—Mamá nos matará —dijo con un hilo de voz—. No volverá a dejar que salga a montar a caballo, ni que tú me enseñes.

Pensé que era muy poco probable que yo estuviese en condiciones de enseñarle este verano, pero no se lo dije.

—Ya verás como no. Estará enfadada durante bastante tiempo, pero

acabará entrando en razón. Solo has de tener paciencia.

—¿Crees que Bronco ya habrá llegado a la casa grande?

—Seguramente sí.

—¿Y si se ha ido hacia otro lado? ¿O se ha quedado parado a medio camino?

—Bronco es listo y sabe dónde está su comida. No parará hasta llegar a los establos.

—Tengo miedo, Charlie.

—Lo sé, cariño. Ven aquí.

Abrí mis brazos y corrió a refugiarse en ellos. Lo apreté contra mi pecho y sentí cómo lloraba en silencio. Era un chico muy valiente que se había mantenido sereno mientras había tenido algo que hacer, pero estar quieto sin hacer nada lo estaba consumiendo.

—Miki, te gusta mucho leer, ¿verdad?

—Sí.

—Pues cuéntame alguna de las historias que has leído.

—¿Por qué?

—Necesito distraerme para no pensar en el dolor —le dije, y aunque era verdad, también era cierto que él necesitaba pensar en otra cosa y contarme una historia era una buena manera de conseguirlo.

—Vale. ¿Te gustan las historias de vampiros?

—¿Es una historia de terror?

—No, es sobre un niño humano que se llama Anton, que se hace amigo de un niño vampiro que se llama Rüdiger y vive en un cementerio con sus padres.

—Parece una historia muy interesante.

—Sí, y es muy divertida. ¿Te la cuento?

—Por supuesto.

Escuché su voz mientras hablaba de las aventuras de Anton, Rüdiger, Ana y toda la familia de vampiros. Hacía frío y empecé a temblar. Temí entrar en estado de shock y perder el conocimiento, por eso lo interrumpía esforzándome por hacerle preguntas. Debía mantenerme concentrado y no dejar que mi mente se volatilizara. Me costó un infierno mantenerme despierto y lúcido.

No sé cuánto tiempo había pasado. Miki iba ya por el tercer libro cuando me pareció oír voces gritando. Miki se quedó callado y alzó la cabeza para mirar por encima de mí.

—¡Son tío Kaden y tío Keitan! —gritó con la voz repleta de alegría—. ¡Ya han llegado!

—Menuda la habéis liado, chicos —oí decir a Kaden. Miki se levantó y salió corriendo de mi lado para echarse en sus brazos. Yo no pude más y me dejé ir, cayendo en una muy bienvenida inconsciencia.

—Elsa, cariño.

La voz de Clara era insistente. Intentaba despertarme pero yo no quería. Sabía, aunque no recordaba por qué, que la realidad no me gustaba en aquel momento, que era dolorosa y que era mejor quedarme donde estaba. Pero la voz insistió e insistió, hasta que tuve que abrir los ojos para conseguir que se detuviera.

Entonces, todo volvió. Miki y Charlie estaban desaparecidos, y Bronco, el caballo, había regresado solo. Estaban en algún lugar, solos y probablemente heridos, sin nadie que los ayudara.

—Los han encontrado —me dijo cuando logré enfocar la mirada. Me incorporé como un resorte, sentándome en la cama.

—¿Qué?! —grité, con la cabeza dándome vueltas.

—Que ya los han encontrado. Miki está perfectamente bien, no tiene ni un rasguño. El doctor ya lo ha reconocido y dice que no hay nada por lo que tengas que preocuparte.

—¿Dónde está? —casi grité.

—Estoy aquí, mamá —me dijo su vocecita detrás de Clara—. ¿Estás muy enfadada?

Empecé a llorar de alivio sin poder contenerme. Mi niño, mi pequeño, estaba sano y salvo. Su cabecita asomó y me miró con sus enormes ojos llenos de dudas. Creía que iba a reñirlo por lo que había pasado, pero en ese momento solo podía pensar en abrazarlo y llorar. Extendí mis brazos hacia él, y se tiró sobre mí, abrazándome con fuerza e hipando.

—Lo siento, mamá —me dijo llorando a mares—. Te prometo que no volverá a pasar.

—Sssht, tranquilo, cariño, ya pasó —le susurré, besándolo en el pelo y recorriendo su cuerpecito con las manos para asegurarme de que estaba bien—. ¿Has pasado mucho miedo?

Negó con la cabeza sin separarla de mi pecho.

—Charlie me ha cuidado, pero ahora no está bien.

El llanto arreció y yo miré a Clara, interrogante. Ella suspiró.

—Tiene una pierna rota y ha perdido mucha sangre. Un helicóptero lo ha evacuado hacia el hospital de Templeton.

Cerré los ojos con fuerza sin decir nada, y recé, recé como nunca había rezado, para que no fuese algo grave.

—Se pondrá bien, Elsa. —Clara me puso una mano sobre el hombro y apretó—. Ya lo verás.

—Me voy para allá —dije, intentando levantarme. Todo el miedo y la furia por la desaparición, habían desaparecido para ser sustituidas por el terror a perderlo. Tenía que saber de primera mano qué le pasaba exactamente porque no me valían las suposiciones y las conjeturas. Tenía que estar allí cuando el médico nos contara cómo estaba. No podía esperar.

—No estás en condiciones de conducir —dijo Clara.

—Yo también voy —anunció Miki con decisión.

—Miki...

—No, mamá. Se rompió la pierna por mi culpa. El caballo se encabritó, yo me asusté mucho y Charlie me protegió cuando nos caímos. Quiero ir al hospital.

Suspiré, porque en sus ojos vi una determinación férrea.

—Está bien. Pero antes tienes que darte una ducha caliente y cambiarte de ropa.

—Ya lo he hecho, mamá, antes de despertarte.

Miré a Clara y se ruborizó, asintiendo.

—Intenté despertarte antes, pero como el doctor te había dado un tranquilizante, no hubo manera —confesó—. Así que aproveché para bañarlo y vestirlo con ropa seca.

—De acuerdo, entonces. Iremos los dos.

—Iremos todos. Keitan y Kaden están esperando porque sabíamos que querríais ir.

—¿Y Charlie estará solo? —pregunté, horrorizada.

—No, su familia estará con él. Ya la hemos avisado por teléfono.

Tragué saliva. Encontrarme por primera vez con sus padres, en estas circunstancias, no era como lo había esperado e iba a ser incómodo y difícil. Ni siquiera sabía si les había hablado de mí. Pero quería estar al lado de Charlie, y no podía dejar que su presencia fuera un impedimento.

—Está bien. Dadme cinco minutos para que me cambie de ropa.

Llegamos a Templeton dos horas después. Habíamos hecho el viaje en silencio. Ni siquiera Keitan, que siempre sabía cómo alegrar a los que estaban a su alrededor, tuvo ganas de hablar, y se mantuvo silencioso y taciturno. Todos estábamos muy preocupados.

Entramos como una tromba en la sala de urgencias y Kaden se fue directo hacia el mostrador de información. No pudieron decirnos nada porque no

éramos familia, pero una enfermera nos indicó dónde estaban sus padres, esperando.

—¿Señores Kavanagh?

—¿Sí?

El que contestó era un hombre alto y recio, rubio como Charlie, con ojos azules. Estaba al lado de una mujer menuda, de piel más oscura y ojos y pelo negro como el carbón. No había duda de que eran sus padres. El parecido con ambos era asombroso.

—Soy Kaden Wescott. ¿Se sabe algo de cómo está Charlie?

—Han tenido que hacerle una transfusión —dijo el señor Kavanagh—, y sedarlo para el dolor. En cuanto lo estabilicen, han dicho que entrará en quirófano. Por suerte, el torniquete no ha llegado a provocar gangrena.

—Estaremos esperando por aquí. Si necesitan algo...

—Gracias —dijo la mujer, cortante—, pero lo único que necesitamos es que mi hijo se ponga bien.

Kaden encajó el impacto de sus palabras con estoicismo y volvió hacia donde el resto estábamos esperando. Clara se acercó a él y le rodeó la cintura con los brazos, apoyando la cabeza en su pecho.

—Está angustiada, cariño, no se lo tomes en cuenta.

—Lo sé. A la señora Kavanagh nunca le ha gustado que Charlie trabajara en el rancho, y supongo que esto la reafirma en sus convicciones.

Yo no dije nada. Mi primera intención al entrar fue acercarme a ellos y presentarme, pero después de su reacción, desistí. Busqué un asiento vacío y me senté con Miki en mis rodillas.

—¿Se pondrá bien Charlie, mamá? —me preguntó, apoyando la cabeza en mi hombro. Parecía pequeño de nuevo, pequeño, vulnerable y frágil.

—Espero que sí, cariño.

—Fue culpa mía.

—No, cielo. Fue un accidente, nada más. Nadie tiene la culpa.

Él no contestó, pero yo supe, en mi fuero interno, que no me creía.

Lo primero que vi al abrir los ojos, fue a mi madre sentada a mi lado, y a mi padre de pie, a los pies de la cama. Estaba en una habitación blanca que olía a desinfectante, y al principio no supe dónde estaba ni cómo había llegado allí. De repente, como en un flash que me cegó, recordé el accidente.

—¿Y Miki? —pregunté, angustiado por el niño.

—¡Hijo! Te has despertado —sollozó mi madre, cogiéndome fuerte de la

mano.

—¿Dónde está Miki? —repetí.

—No sé quién es ese Miki, cariño.

—El niño que estaba conmigo cuando el caballo nos tiró. ¿Está bien?

—Yo...

—Debe ser el chiquillo que está afuera, el que llegó con el señor Wescott —la interrumpió mi padre—. ¿Quieres que vaya a buscarlo?

—Sí, por favor. ¿Está su madre con él?

—Creo que sí. Están esperando a que te despiertes, con el resto. Voy a buscarlos.

—¿Es ella? —me preguntó mi madre, y comprendí a qué se refería con ese «ella».

—Sí. Y te agradecería que fueses agradable, mamá. Y todavía te lo agradecería más si nos dejaseis solos un rato.

—Eres imposible —refunfuñó—. Llevamos horas aquí, esperando a que despiertes, y cuando abres los ojos, lo primero que haces es echarnos.

—No te echo, mamá. Solo quiero estar a solas con ella un rato.

—La quieres mucho, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa triste, dándose por vencida.

—Sí, mamá. Y tengo miedo a que esté enfadada conmigo. Le prometí que...

—Da igual, cariño. Estaremos esperando fuera.

Me dio un beso en la frente, como cuando era un niño, y salió de la habitación, dejándome solo.

Elsa tardó unos minutos en entrar. Cuando lo hizo, temí que sus ojos refulgieran de ira, pero estaban encharcados por la preocupación. Se acercó a la cama y, con mucho cuidado, sin decir nada, se inclinó hacia adelante y apoyó la cabeza sobre mi pecho. La rodeé con los brazos sin decir nada. Permanecimos así varios minutos mientras ella lloró en silencio.

—Miki está fuera —dijo al fin—. No le he dejado entrar porque me da miedo que se impresione si te ve así.

—¿Está bien?

—Sí. Cuidaste de él. Gracias.

—En realidad, él cuidó de mí. Es un gran chico, ¿sabes? Listo y valiente.

—Lo sé.

—Elsa... siento mucho lo ocurrido.

—No pasa nada. Lo único que importa es que ambos estéis a salvo. He pasado tanto miedo...

—Yo, también. Solo podía pensar en que quizá no volvería a verte.

—Y yo creí que os había perdido a los dos. El dolor fue insoportable. Nunca, jamás, vuelvas a asustarme así, Charlie Kavanagh.

—Entonces, ¿seguirás saliendo conmigo aunque me quede cojo? — bromeé.

—No vas a quedarte cojo, vaquero. —Levantó la cabeza para mirarme a los ojos. Los suyos brillaban, en parte debido a las lágrimas que estaba conteniendo, y en parte, divertidos al oírme bromear—. Charlie, eres muy guapo, sexy, alto y fuerte; pero no es por eso por lo que salgo contigo.

—¿Ah, no? Qué decepción. Entonces, ¿por qué sales conmigo?

—Salgo contigo porque me haces reír, y porque a tu lado me siento especial.

—Es que eres especial, cariño. Eres una mujer maravillosa. ¿No te lo había dicho nunca?

—Me lo repites constantemente.

—Pues es hora de que empieces a creértelo.

Permanecimos en silencio durante un rato, abrazados. Yo no paré de besarle el pelo. Ella no se movía, supongo que porque tenía miedo a hacerme daño. Tenía la pierna escayolada hasta la cadera, y la tenía izada, colgada con cintas a un aparato.

—Esto va a ser largo —me dijo al fin—. En cuanto te den el alta, te vendrás a la casa del rancho para que pueda cuidar de ti.

—Ya tienes suficientes obligaciones, no quiero ser una carga.

—Tú jamás serás una carga —me contestó, mirándome enfadada—, y me ofende que pienses algo así.

—Pero... soy yo el que debe cuidar de ti —protesté.

—En eso estás equivocado. Las personas que se aman, se cuidan las unas a las otras.

—Entonces, ¿me amas?

—Por supuesto, tonto. Es hora de que empieces a creértelo.

Cuando salí de la habitación, la madre de Charlie me estaba esperando en la puerta. Tuve ganas de salir corriendo. Cuando hablé con Kaden en la sala de espera, me pareció una mujer adusta y malhumorada que no me gustó nada. Creí que iba a reprocharme algo, pero su mirada se dulcificó cuando se acercó a mí.

—¿Eres Elsa? —me preguntó con suavidad.

—Sí. Encantada de conocerla, señora Kavanagh. Lamento que sea en estas circunstancias.

—Llámame Kim, por favor. —Me miró en silencio durante unos momentos, como si intentara calibrar la clase de persona que yo era—. Mi hijo

te quiere mucho.

—Lo sé, Kim.

—¿Y tú a él?

—Después de mi hijo, es la persona que más quiero.

—Eso está bien.

Asintió con la cabeza y, sin decir nada más, entró en la habitación dejándome sola en el pasillo y completamente confusa.

Capítulo siete

Los días en el hospital fueron largos y tediosos. Creo que nunca, en toda mi vida, había visto tanta televisión durante tantas horas seguidas. Lo único que venía a romper la monotonía eran las visitas de las enfermeras y las conversaciones con Elsa a través del teléfono. Me hubiera gustado que viniera a verme más a menudo, pero comprendí que era imposible. Tenía dos horas de camino hasta el hospital, más las dos de vuelta. Mucho tiempo que ella no tenía. Por eso estaba deseando que me dieran el alta hospitalaria.

Tanto Elsa como Clara se empeñaron en que fuera a vivir a la casa grande del rancho para poder cuidar de mí. No voy a negar que la idea me atrajo, aunque al principio me mostré un tanto reticente porque eso sería cargar a Elsa con más trabajo del que ya tenía; pero en el fondo me gustó porque era una manera de tenerla cerca y de ir metiéndome poco a poco en su vida cotidiana sin que ella casi se diera cuenta.

Porque sabía que eso sería un problema cuando le pidiera que se casara conmigo.

Había llegado a comprenderla bien, y muchas veces intuía lo que estaba pensando sin necesidad de que lo dijera en voz alta. Cuando los llevé hasta la casa, vi en su rostro la sombra de la duda. Fue como si se retrajera en sí misma para encerrarse detrás de un muro donde se creía a salvo y protegida. Por eso postergué el momento de pedirle matrimonio, porque de alguna manera intuía que la proposición solo le crearía angustia y yo no quería eso.

Cuando por fin me dieron el alta, me trasladaron hasta el rancho en ambulancia. Ya tenía permiso para levantarme de la cama y moverme un poco ayudado por las muletas, y en cuanto me quitaran el yeso podría empezar con los ejercicios de rehabilitación en la clínica de Cascade.

He de confesar que al principio, y aunque bromeé con ello, temía que me quedaran secuelas que me impidieran seguir trabajando de vaquero. Hubiera sido un gran golpe que, ahora que me habían ascendido a capataz, tuviera que renunciar a ello porque no podía mantenerme sobre el caballo las horas suficientes. Sí, la mayoría de las veces nos movemos por el rancho en camioneta, pero cuando llega el momento de reunir las reses para marcarlas y llevarlas al matadero, solo se puede hacer a caballo. ¿Qué sentido tendría tener un capataz incapaz de llevar a cabo su trabajo? Por suerte, los médicos me habían quitado los temores. No había ningún motivo por el que quedase lisiado.

Cuando volví al rancho, ya era a mediados de abril. Me habían preparado

una cama en el saloncito privado de Elsa, poniéndola justamente al lado de la ventana para que me diera el sol y pudiera mirar por ella. No es que el paisaje fuese espectacular precisamente. La ventana daba al jardín trasero de la casa, donde había algunos macizos de flores y la piscina. Si Elsa se bañara en ella en bikini, la cosa hubiera sido distinta; pero todavía no hacía el suficiente calor como para que pudiera convencerla de hacerlo.

—Estás loco de remate —me contestó cuando se lo dije, medio en broma, medio en serio.

—¿Por qué? La natación es un ejercicio que va muy bien para todo el cuerpo, además de ser relajante.

Se acercó a mí y se inclinó sobre la cama. Sus pechos quedaron muy cerca y tuve la tentación de acariciarlos. Carraspeé con fuerza para quitarme esa idea de la cabeza. Miki estaba por ahí cerca y podía aparecer en cualquier momento, entrando como una tromba.

—Si lo que quieres es un pase privado conmigo en bikini, puedo ofrecerte el espectáculo mañana mientras Miki está en el colegio —me susurró al oído—. Aunque mirarás, pero no catarás. No creo que estés en condiciones de tener una sesión de sexo salvaje, cariño.

Me puse duro al instante, sonreí como una comadreja y la cogí por la cintura por sorpresa para atraparla entre mis brazos y besarla. Soltó un grito que me hizo reír, pero después se abandonó al beso con ganas.

—No estés tan segura de eso, cariño. No importa cuánto me duela la pierna porque siempre tengo un dolor mucho más persistente cuando tú estás a mí alrededor.

Sonrió, y me pasó la mano por el pelo, soñadora.

—Bueno, quizá tenga el remedio para eso. —Se mantuvo callada durante unos instantes mientras yo estaba a la expectativa—. Mañana.

Soltó una carcajada al ver mi cara de desolación y se deshizo de mi abrazo para levantarse.

—Eres una bruja —refunfuñé.

—Lo sé.

Iba a replicar cuando entró Miki como una tromba. Este niño tenía una energía inacabable. Traía un libro en la mano y corrió a sentarse a mi lado enarbolándolo como si fuera una bandera.

—¿Quieres que te lea un rato? —me propuso.

—¿No hay un «hola» para mamá? —preguntó Elsa un tanto irritada—. ¿Dónde has estado?

—Hola, mamá. Con Kaden, en los establos. ¿Sabes que pronto empezarán a reunir las reses para marcar los terneros? ¿Podré ir un día a verlo? ¿Por

faaaaa?

—No. No creo que a los chicos les apetezca mucho tener a un crío revoltoso y entrometido molestando mientras trabajan, Miki.

—Jo, mamá, nunca puedo hacer nada.

—¿Qué libro traes? —intercedí.

—El pequeño vampiro. ¿Recuerdas que te hablé de él el día del accidente?

Por suerte, era fácil distraer a Miki de sus enfados y cambiando de conversación conseguí que se olvidara.

—Claro que sí. Me pareció una historia muy interesante. ¿Me leerás un rato?

—¡Por supuesto!

Me imaginé que la petición de Miki sería tema de conversación más tarde entre Charlie y yo, y no me equivoqué. Era la hora de comer y le llevé una bandeja con la comida. Mientras lo ayudaba a levantarse y sentarse en el sillón, no dijo nada; pero cuando ya estuvo bien acomodado, con la pierna reposando sobre un escabel y con la mesita auxiliar delante de él, y la bandeja encima y preparada, me pidió que me sentara a su lado.

Miki estaba en la mesa junto al resto de la familia, dando buena cuenta de su plato, y no iba a molestarnos.

—No puedo sentarme.

—Será solo un momento.

—Escucha, sé lo que vas a decirme, y mi respuesta sigue siendo no.

Charlie suspiró.

—Comprendo que, después del susto del accidente, no quieras que ande correteando por ahí.

—No se trata de eso. Se trata de que es un niño y les estorbará. Si tú estuvieras presente, quizá me lo pensaría. Pero este año no estarás en condiciones de trabajar aún. Y no confío en que ellos se preocupen por él como lo haces tú. No lo vigilarán. Estarán pendientes del trabajo y no de él.

—Entonces, ¿lo dejarías si yo lo llevara?

¡Claro que se lo permitiría! Miki se había convertido en alguien importante para Charlie, y sabía que estaría pendiente de él y de que no se metiera en líos. Confiaba en él, completamente, incluso en todo lo referente a mi hijo. Pero Charlie tenía una pierna rota, lo habían tenido que operar para ponerle clavos, y no iba a estar recuperado cuando empezara la temporada.

—Pero tú no lo llevarás, Charlie Kavanagh. —Lo amenacé señalándolo

con el dedo y a él se le escapó una carcajada ahogada—. ¿Te ríes?

—Me has llamado por mi nombre completo —me dijo, riéndose ya descaradamente—. Me has recordado a cuando mi madre me reñía de pequeño.

—Eres imposible —protesté, furiosa, cruzándome de brazos mientras veía cómo se le saltaban las lágrimas de la risa.

—Me encanta cuando te pones en plan mamá osa conmigo.

—Eso es porque me preocupo por ti.

—Lo sé, cariño. Pero no te cierres en banda a la idea, y no te muestres tan dura con él —intentó aplacarme—. Sé que no tengo derecho a decirte cómo has de tratar y educar a tu hijo, pero piensa que todo esto es nuevo para él y tiene mucha curiosidad.

—Lo sé, lo sé —le concedí de mala gana. Me senté en el sofá, al lado del sillón donde estaba él, abatida—. Pero no confío en ellos, Charlie. Y tú no puedes llevarlo.

—Bueno, podrías hacerlo tú, acercarte con el coche un día hasta el vallado donde marcamos las reses y estar un rato con él. Seguro que Kaden no pondrá ninguna objeción.

—¿Estás seguro?

—Yo hablaré con él, no te preocupes.

—Está bien —accedí a regañadientes—. Pero ni se te ocurra decirle nada a Miki hasta que lo sepamos seguro, ¿de acuerdo?

—Mis labios están sellados. Pero lo estarán más si me das un beso.

Accedí al chantaje, por supuesto. Siempre es un placer besar a Charlie.

Después de aquella conversación, fui dándome cuenta de una cosa: Charlie no es de los que intentan imponer sus ideas por la fuerza, sino que prefiere convencer con razones. Eso fue un punto a su favor, que hizo que mi mayor temor fuera diluyéndose como el azúcar en el café y me enamorara todavía más de él.

Cumplió su promesa y habló con Kaden, y este no puso ningún reparo a que un día nos pasáramos por el cercado donde iban a marcar las reses para que Miki pudiera ver cómo trabajaban. Cuando se lo dijimos a mi hijo, se le iluminaron los ojos de la alegría. Cogió un calendario y nos hizo marcar en él el día, para poder tener una cuenta atrás y que no se me pasara por alto cuando llegara.

A principios de mayo, Charlie empezó con la rehabilitación. El día que le quitaron el yeso en la clínica de Cascade fue casi una celebración. Lo acompañé con el coche y me hizo entrar en la sala con él. Cuando el doctor sacó el yeso y vi la cicatriz que le había quedado en la pierna, se me encogió el

corazón. Convertí aquella marca en un recordatorio constante de cuánto se preocupaba por mi hijo, y de cuánto había llegado a quererlo.

—Recuerda que debes seguir usando las muletas hasta que el fisioterapeuta te diga lo contrario, Charlie —dijo el doctor—. No te hagas el valiente, ¿de acuerdo?

—Sí, doctor.

—Yo me encargaré de ello, no se preocupe —intervine yo, decidida a cumplirlo.

El doctor sonrió y se limitó a asentir sin decir nada al respecto.

—Pasad por el mostrador a la salida y te darán cita con el fisioterapeuta.

—Muy bien, doctor. Y gracias por todo.

El médico salió de la sala de exploración y yo saqué un pantalón vaquero nuevo para que se cambiara. Al que llevaba puesto le habíamos tenido que cortar toda la pernera para que cupiera la pierna con el yeso.

—Toma, cámbiate.

Cogió el pantalón con una sonrisa traviesa en el rostro. Me miró de arriba abajo y consiguió que me subieran los colores.

—¿Sabes en qué estoy pensando? —preguntó en un susurro, tumbado sobre la camilla.

—Tu cara es como un libro abierto, Charlie. Y no, no vamos a hacer ninguna tontería.

—Ven a darme un beso.

—No. Te espero fuera —contesté, conteniendo la risa a duras penas.

—Eres una mala mujer —refunfuñó viendo cómo salía.

—Lo bueno, se hace esperar.

Le guiñé un ojo y cerré la puerta detrás de mí.

Aquella misma tarde, Clara iba a Cascade. Tenía varios recados por hacer, y le pedí que se llevara a Miki con ella. Sabía que era abusar de su amabilidad, pero yo también había echado de menos tener un poco de intimidad con Charlie y quería darle una sorpresa. Ella debió darse cuenta de mis intenciones, porque antes de marchar, me dijo:

—Estaremos fuera un par de horas mínimo. ¿Tendrás tiempo suficiente?

Yo me puse colorada como la grana y asentí sin decir ni mú. Clara se rio y me guiñó un ojo. Les dije adiós con la mano desde el porche y antes de que el coche girara para marcharse, ya estaba corriendo hacia el interior de la casa para reunirme con Charlie.

Estaba medio adormilado, tumbado en la cama, cuando Elsa entró corriendo y, sin decir nada, se metió en su dormitorio. Me preocupé, porque no solía comportarse así.

—¿Elsa? —la llamé—. ¿Ocurre algo?

No contestó, lo que hizo que me preocupara todavía más. Me levanté con dificultad, intentando no hacer esfuerzos con la pierna mala, apoyándome en las muletas, y me acerqué hasta el dormitorio renqueando.

—¿Elsa? Cariño, ¿qué ha pasado?

Llamé a la puerta, y entonces, abrió. Me quedé mudo de asombro, y casi se me caen los ojos de la impresión cuando la vi. Se había soltado el pelo, que caía en cascada por su espalda, y estaba... completamente desnuda.

—Hola, vaquero —me saludó con un susurro—. Te estaba esperando. ¿Quieres entrar?

Dios mío. Era preciosa, y la reacción de mi cuerpo no se hizo esperar. Me puse duro como una piedra. Me acerqué a ella e intenté besarla, pero se escurrió de entre mis brazos aprovechando mi nula movilidad.

—No, no —protestó, riéndose coqueta—. Nada de besos... todavía. Ven aquí.

Obedecí sin pensarlo ni un instante y me puse en sus manos. Me quitó la ropa muy lentamente, regodeándose en cada porción de piel que quedaba descubierta, torturándose a besos. Cada vez que intentaba abrazarla, se escabullía, riéndose, y yo no sabía si reírme con ella o maldecirla. Tiró la camisa y la camiseta al suelo. Desabrochó el cinturón y bajó la cremallera del pantalón para deslizarlo por mis muslos.

—Siéntate —me ordenó, y me dio un leve empujón que hizo que me cayera sentado sobre la cama.

Se arrodilló a mis pies y me quitó las botas, con cuidado de no hacerme daño en la pierna dolorida.

—¿Qué pretendes? —le pregunté con la voz ronca por la excitación.

—Hacerte feliz —contestó con sencillez, haciendo que todas mis hormonas masculinas se revolucionaran todavía más—. Ponte en el centro de la cama, y relájate.

—¿En serio pretendes que me relaje? —casi me desesperé—. No puedo. Tengo cada músculo del cuerpo en tensión y ansioso por entrar en contacto contigo.

—Haz lo que te digo sin protestar, o el juego habrá acabado.

—Quieres acabar conmigo —me quejé.

—No, pretendo darte un regalo.

Lleno de curiosidad, obedecí. Me apoyé levemente en el cabecero de la

cama sin perderla de vista. Estaba claro que íbamos a hacer el amor, y me dejé llevar.

—¿Y ahora?

Sacó un pañuelo de seda negro de la mesita de noche, y sonrió como un diablillo.

—Ahora, voy a vendarte los ojos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No protestes, señor gruñón, o el juego habrá terminado. ¿Quieres ver a dónde quiero llegar? Pues paciencia y obedece.

—Está bien —acepté a regañadientes.

Me puso el pañuelo sobre los ojos y lo ató. Me quedé sin poder ver nada. La oí moverse a mi alrededor, y sacar algo del cajón. Inmediatamente después, tenía una mano atada al cabezal de hierro de la cama.

—Elsa...

—Ssssht.

Me puso un dedo sobre los labios y me besó. Aprovechó mi distracción para atarme la otra mano.

—Elsa, no sé si esto me gusta —intenté protestar.

—Te gustará. Y si no te gusta, basta con que digas «fuego» y todo acabará. Eso sí, acabará del todo —me amenazó con voz dulce—. Nos vestiremos y saldremos al porche un rato para que nos dé el sol de la tarde. ¿Es lo que quieres?

—¡No, maldición! Quiero que sigas.

—Eso está muy bien.

Sentí sus labios rozarme el cuello. Era la única parte de su cuerpo que me tocaba. Poco a poco, fueron descendiendo. Se entretuvo en mis pezones para besarlos y chuparlos. Mi cuerpo temblaba totalmente excitado, por su toque, por la anticipación y por la total ignorancia de qué iba a hacerme. Aunque de una cosa estaba seguro: iba a gustarme.

Sus labios fueron bajando por mi cuerpo. Horadó el ombligo con la lengua y siguió su camino, cada vez más cerca de mi miembro.

—Sabes muy bien —ronroneó.

—Ajá —solo pude decir yo, y aspiré profundamente impresionado cuando por fin mis sueños se hicieron realidad y acogió mi virilidad en su cálida boca.

Tener los ojos tapados y las manos atadas, le dio una nueva dimensión al placer. Estaba totalmente a su merced, sin saber qué iba a hacerme a continuación. Apreté los puños porque quería tirar de mis ataduras para poder tocarla, y sabía que no me había atado tan fuerte como para que no pudiera

romperlas; así que me agarré con fuerza al cabezal de hierro sin dejar de gemir cada vez que su lengua inquieta se dedicaba a provocarme.

Elsa sabía muy bien lo que estaba haciendo. Me acordé del hijo de puta que había tenido por novio; seguramente había sido él quién le había enseñado a hacer una felación, y eso me enfureció. Pero cuando empezó a acariciarme los testículos todo abandonó mi cabeza, excepto el placer que estaba sintiendo.

Dios, la boca de Elsa era mágica.

—Basta —susurré entre gemidos—. Por favor... No voy a durar si sigues así.

Me hizo caso, afortunadamente. La oí moverse por encima de la cama sin decir nada y abrir un cajón para sacar algo.

—Esto lo solucionará —susurró con su boca muy cerca de mi oído. Giré el rostro y nos fundimos en un beso que duró mucho menos de lo que yo quería.

—Quiero besarte otra vez.

—Paciencia, Charlie.

Creí oír una nota de diversión y me pregunté qué le hacía tanta gracia, pero entonces me sacudió un estremecimiento que se apoderó de todo mi cuerpo.

—¡Maldita sea! —grité, sorprendido. Me había puesto algo muy frío en las ingles, sin llegar a tocar el miembro, pero muy cerca—. ¡Está helado!

Ella se rio mientras creaba un camino por mis caderas, dejando un rastro de humedad.

—Por supuesto, es lo que pasa con los cubitos de hielo —se burló seductoramente—, que están helados.

—Eres perversa.

—Eras tú quién se quejaba de que no iba a durar mucho —se rio.

—Mala mujer...

Me silenció con otro beso. Este duró más que el anterior, lo profundizó y me invadió con su lengua mientras deslizaba el hielo por mi estómago y mi pecho. Se me erizó todo el vello y se me puso la carne de gallina. Era una tortura, pero una tortura exquisita.

—¿De dónde has sacado esta idea? —le pregunté sin pensar.

—No voy a mencionar mis fuentes, vaquero.

Se movió de nuevo y me encontré un pezón en la boca. Lo adoré con desesperación y sus gemidos todavía me enardecieron más. Me estaba agarrando tan fuerte de los barrotes del cabezal de hierro que me dolían las manos.

—Ahora me toca a mí. Suéltame —pedí con voz ronca.

—No.

—Elsa...

No contestó. Mi respiración estaba tan agitada que mi pecho debía parecer una montaña rusa. Se sentó sobre mi caderas y ahogué un gemido. Empujé instintivamente, buscando su centro con mi miembro.

—Tranquilo, vaquero —susurró mientras me acogía en su interior. Bajó muy lentamente, torturándome un poco más.

—No me has puesto el condón —atiné a protestar.

—Ya no es necesario.

Mi mente intentó protestar porque habíamos quedado en que no era necesario que tomara pastillas, pero fui incapaz de articular palabra. La idea desapareció tan rápido como se presentó, y ya solo pude sentir y dejarme llevar por el placer que sentía. La notaba ondularse encima de mí, provocándome estremecimientos. Sus gemidos atizaban mi imaginación y no pude soportarlo más. Pegué un tirón con las muñecas y me deshice de las cintas que me sujetaban. Ella dejó ir un grito de protesta cuando me incorporé, quitándome la venda de los ojos, y la apresé por la cintura para apoderarme de sus pechos con mi boca.

Fui salvaje, primitivo y casi irracional. Quise marcarla como si yo fuese un animal para que ningún otro hombre se le acercara. Elsa era mía, igual que yo era suyo, y el instinto primario me empujó a bombear en ella con ferocidad, girando para ponerla debajo de mí, aplastándola con mi cuerpo mientras me corría con violencia.

—Maldita sea —murmuré al terminar, demasiado débil para moverme—, tú no has llegado.

—No te preocupes —ronroneó, abrazándome con los brazos y las piernas—. Ahora te ocuparás de mí.

—Dame cinco minutos —supliqué con un suspiro—, porque ahora mismo no puedo ni moverme.

Se rio y giró el rostro para besarme en la oreja.

—Puedo ocuparme de mi misma —murmuró—. ¿Te gustaría verlo?

Dejé ir un gemido que parecía no terminar nunca. ¿De dónde había salido esta Elsa tan deshinibida y descarada?

A Charlie le gustó mucho ver cómo me daba placer a mí misma. Lo noté porque sus ojos refulgían y se oscurecían todavía más, hasta que su azul se convirtió en una tormenta.

Fue extraño cómo todo se desarrolló. Jamás, en toda mi vida, me había creído capaz de hacer algo así, de mostrarme tan descarada, como una depredadora sexual. Pero Charlie y la confianza en mí misma que él estimulaba, lo provocó. Quería ser una leona en la cama para él, porque se lo merecía. Lo amaba, ¡cómo lo amaba! y lo deseaba con todas mis fuerzas. Charlie me hacía sentir plena, completa, y mucho más grande de lo que nunca creí posible. Todo lo contrario que Justin, que me hacía sentir pequeña, insignificante, y casi despreciable.

Por eso, al lado de Charlie, me crecí hasta puntos insospechados, y fui capaz de dejar salir a la mujer que estaba dentro de mí, escondida y temerosa del rechazo. Porque Charlie no iba a repudiarla, porque él la adoraría con todas sus fuerzas, y nunca, jamás, la despreciaría.

Lo volví completamente loco. Su miembro no tardó en volver a hincharse en todo su esplendor y volvió a hacerme el amor, esta vez de forma tranquila y pausada, concentrándose en cada movimiento para provocarme el máximo placer. Acabé gritando de desespero, con las uñas clavadas en su espalda, exigiéndole que dejara de torturarme y me hiciera llegar de una vez.

Después, se quedó dormido entre mis brazos, y yo me entretuve mirándolo, disfrutando de su presencia como nunca había disfrutado, acurrucándome a su lado y deleitándome con el calor de su cuerpo pegado al mío.

Dos días después, lo llevé con el coche a la clínica para que empezara la rehabilitación. Regresé al rancho dispuesta a aprovechar las dos horas que tenía para darle un buen repaso a mis habitaciones, puesto que durante el tiempo que él había estado allí, casi enclaustrado en la cama, no había querido pasar ni el aspirador para no molestarlo.

Dejé su cama para el final. La deshice para airear el colchón y ponerle sábanas limpias, cuando una cajita salió despedida y cayó al suelo. Intrigada, me agaché para cogerla y me la quedé mirando un buen rato, sin atreverme a abrirla. Era un estuche de un anillo, eso era evidente, y el estómago empezó a revolotearme, agitado y nervioso.

La caja no era nueva. En ella se notaba el paso del tiempo. Estaba algo sucia y desgastada de los lados, como si alguien la hubiese tenido en sus manos y la hubiese abierto y cerrado muchas veces. Tragué saliva, muy alterada. ¿Sería lo que me imaginaba?

Me senté en el sofá y la dejé sobre la mesa de café, sin dejar de mirarla. Me mordí los labios sin saber qué hacer. Tenía mucha curiosidad por ver qué había dentro, pero mi instinto me decía que aquello no estaba bien.

«La curiosidad mató al gato», me dije. Suspiré, indecisa, porque me moría por abrirla y ver qué había dentro. Igual no tenía nada dentro, pero, ¿qué haría Charlie con una cajita de joyería vacía, escondida bajo su colchón?

Me levanté, nerviosa. Cogí las sábanas, las llevé al cuarto de la lavandería y cogí las limpias para llevarlas a la habitación. Cuando regresé, la cajita seguía allí, encima de la mesa, llamándome con voz cautivadora, provocándome para que la abriera.

Dejé las sábanas sobre la cama y me giré para volver a fijar los ojos en ella. Crucé los brazos y volví a suspirar. Maldita sea, era una tentación demasiado fuerte. Tenía que decidirme ya porque en unos minutos tendría que ir a buscar a Charlie.

Intenté resistirme, lo juro. Hice la cama negándome a mirarla de nuevo, y cuando terminé, la cogí para volver a ponerla donde la había encontrado. La miré por última vez, decidida, y tragué saliva cerrando los ojos.

—¿Ahora te dedicas a hurgar en mis cosas?

La voz de Charlie me sobresaltó tanto que pegué un grito. No lo había oído llegar, y con los ojos cerrados, tampoco lo había visto abrir la puerta y entrar.

—¡No! —me apresuré a explicar, nerviosa—. Estaba haciéndote la cama, y esto saltó al suelo. Te juro que no lo he abierto. No pretendía curiosear, de verdad.

«Por favor, por favor, que no se enfade», supliqué.

Sus ojos se transformaron, y vi en ellos una chispa de diversión. Se acercó a mí apoyándose en las muletas mientras su boca se curvaba en una sonrisa traviesa.

—¿Lo has abierto? —me preguntó, mirándome con intensidad.

—No —susurré.

—Pues ábrela. Tenía pensado hacer esto más adelante, en un momento mucho más romántico, pero parece que el destino lo ha dispuesto de otra manera. Elsa, ¿quieres casarte conmigo?

Capítulo ocho

Dicen que el hombre propone, Dios dispone, y las mujeres rompen todos los planes. Hacía días que estaba dándole vueltas, buscando una manera de pedirle que se casara conmigo. Quería hacer algo especial y muy romántico para que lo recordara con cariño y nostalgia durante el resto de su vida; pero el destino se había interpuesto y allí me encontraba, con el anillo de mi abuela en manos de Elsa y un único camino posible.

Podría haberle quitado importancia, incluso hacerme el enfadado y volver a esconder la caja. Pero, y después, ¿qué? En su rostro vi que se imaginaba perfectamente qué era lo que guardaba la caja, y yo no podía ser tan cruel como para arrebatarse la ilusión que había visto en su rostro mientras la sostenía con las manos, con los ojos cerrados. Sabía que era un anillo de compromiso, y probablemente se estaba imaginando cómo sería, batallando contra el impulso de abrirla para ver cómo era en realidad.

Si Kaden no hubiera pasado por la clínica y se hubiera parado para esperarme y traerme al rancho, jamás habría sabido que ella la había encontrado. Pero el destino es así, juega con nosotros y nos pone en el camino las mejores oportunidades para que las aprovechemos. No podía dejarlo pasar.

—¿Quieres casarte conmigo?

La pregunta salió con toda naturalidad. Cuando me imaginaba pidiéndoselo, siempre estaba nervioso y lleno de temor a que ella no me aceptara. Pero al ver la ensoñación reflejada en su rostro, supe que lo deseaba tanto como yo y que ya estaba preparada para darme el sí.

Ante mi pregunta, abrió mucho los ojos y la boca, sorprendida. Balbuceó algo que no comprendí, y me puso la caja en las manos sin tener en cuenta que las necesitaba para agarrarme a las muletas.

—¡Estás loco! —murmuró, llevándose las manos a la cabeza. Caminaba de un lado a otro como si estuviera discutiendo con alguien, pero sin pronunciar palabra.

—Sí, por ti —le contesté. Era una respuesta de lo más trillada, pero me venía al pelo.

—No, tú estás loco de remate. ¿Cómo vas a querer casarte conmigo? Yo... Yo...

—Tú eres una mujer excepcional —le dije, enfatizando el *tú* y haciendo un gran esfuerzo para no echarme a reír. Sabía por qué se estaba comportando así, y no iba a enfadarme, ni mucho menos, porque no hubiera saltado con un ¡sí! lleno de alegría. A pesar de todo, todavía tenía miedo, y era comprensible.

—Pero tengo un hijo, no soy nada inteligente, ni guapa, ni nada.

Farfulló otras tonterías por el estilo mientras iba tranquilizándose poco a poco.

—¿De verdad quieres casarte conmigo? —me preguntó al fin, angustiada como si le acabase de hacer una proposición horrible.

Me acerqué a ella aprovechando que había dejado de moverse de un lado a otro. Dejé las muletas sobre el sofá, intentando que la cajita no se cayera de mi mano, y la abracé contra mi pecho.

—Por supuesto que sí. Y sí eres inteligente, y fuerte, y preciosa. Eres la mujer de mi vida, ¿todavía no te habías dado cuenta?

—Sí —contestó, conteniendo las lágrimas—, creo que sí. Pero... traigo muchas cargas, Charlie.

—Que te ayudaré a llevar si me lo permites.

—...un hijo de siete años con problemas de salud...

—Qué es listo e inteligente y valiente como pocos, y al que le encantan los caballos y la vida en el rancho, como a mí. Tu hijo es un regalo, Elsa, no una carga. Y nunca lo será.

—¿Estás seguro? Porque él siempre será lo más importante para mí.

—Lo sé. —La besé en el pelo con ternura. Había apoyado la cabeza sobre mi corazón y me había rodeado la cintura con los brazos. Estaba temblando—. Te quiero, Elsa, y quiero a Miki como si fuera mi hijo. Es más, si me lo permites, me gustaría iniciar los trámites de adopción en cuanto nos casemos. ¿Crees que a él le gustaría ser un Kavanagh?

—¿Estás loco? ¡Le encantaría! Creo que sueña con poder llamarte papá.

—Entonces, ¿vas a darme el «sí, quiero»?

—Sí, quiero, Charlie. Quiero casarme contigo.

La aparté un poco de mí, la cogí por los codos y la empujé suavemente para que se sentara en el sofá. Me hubiera gustado poder arrodillarme, pero mi pierna no me lo permitía; la tenía dolorida y lo cierto era que me estaba matando en aquel momento. Me senté a su lado y la miré a los ojos. Le acaricié el pómulo con las puntas de los dedos, y ella cerró los ojos para deleitarse con aquel roce. Aproveché para abrir la caja con una sola mano, algo que me resultó más difícil de lo que esperaba, y antes que volviera a mirarme, le puse el anillo en el dedo. Le iba perfecto, como si hubiera estado hecho para ella.

—Me haces el hombre más feliz de la tierra —le dije muy cerca de sus labios. Intenté besarla, pero ella abrió los ojos al notar el roce en el dedo y me apartó para mirar el anillo.

—¡Es precioso! —dijo abriendo mucho los ojos. Levantó la mano para poder verlo bien—. Y parece antiguo. ¿De dónde lo has sacado?

—Perteneceió a mi abuela —le expliqué—. Mi madre me lo dio cuando le dije que quería pedirte que te casaras conmigo.

—Oh. Vaya. Es... es todo un honor. —Se rio—. Le hablaste de mí antes del accidente, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—Porque se acercó a mí en el hospital y me preguntó si te quería.

—Mi madre, la entrometida —refunfuñé.

—No, al contrario. Fue amable conmigo. Creo que me evaluó y aprobé el examen —bromeó—. Parece una mujer muy fuerte.

—Lo es, como tú. Os llevaréis muy bien, ya lo verás. Ambas sois excepcionales.

—Eh, ¿no te habrás enamorado de mí porque me parezco a tu madre, verdad?

—Espero que estés bromeando —le dije con una sonrisa. Acerqué mi boca a la suya y la besé.

—Por supuesto que sí, tonto... —murmuró sobre mis labios.

Decidimos que se lo diríamos a Miki los dos juntos. Yo sabía que sería una alegría para él, pero Charlie estaba muy nervioso. Supongo que sabía que si mi hijo ponía alguna pega a nuestro enlace, yo me echaría atrás sin dudarlo. Amaba a Charlie, pero mi hijo estaba por delante de todo, incluso de mi felicidad.

—¿Qué pasa, mamá? —me preguntó cuando nos sentamos los tres en el sofá, con él entre Charlie y yo.

—A ver, campeón. Tú sabes que os quiero mucho, a ti y a tu madre, ¿verdad? —empezó Charlie.

—Sí, claro. Se te van los ojos detrás de ella siempre —se rio. Qué pequeño canalla.

—Y ella me quiere mucho a mí. Así que, hemos pensado, si a ti no te parece mal...

—¿Os vais a casar? —preguntó con los ojos muy abiertos, interrumpiéndolo, con el anhelo reflejado en su rostro.

Charlie volvió a respirar. Creo que había estado conteniendo la respiración durante todo el rato, pobrecillo.

—Sí, si tú nos das tu aprobación —dije yo.

—¿Voy a poder llamarte papá?

Charlie soltó una carcajada y lo abrazó contra su pecho.

—Mejor aún. ¿Qué te parecería si te adoptara y te diera mi apellido? ¿Te gustaría llamarte Miki Kavanagh, y tener tíos y abuelos que te malcriarían y consentirán?

—Pues ese sería un buen cambio, sí —murmuró mi hijo mirándome de reojo—. ¿Cuándo os casaréis?

—¿Qué te parece a finales de verano? Me gustaría poder esperar a tu madre de pie en el altar, sin necesidad de aguantarme con las muletas.

—¡Sí! —Miki empezó a dar saltitos por la habitación, con los brazos en alto—. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Voy a tener un papá! Verás cuando se lo diga a tío Kaden y a tía Clara —se rio—. ¡Voy a contárselo ahora mismo!

Salió corriendo de la habitación sin que pudiéramos impedirlo.

—Vaya vendaval —susurré, riéndome—. Me hubiera gustado decírselo nosotros, pero cualquiera se lo impide.

—Déjalo. Es feliz, como nosotros. ¿Porque tú eres feliz, verdad?

—Mucho. Soy la mujer más feliz del mundo.

—Estupendo, porque hay un montón de catálogos que mirar, y muchas decisiones que tomar para lo que será nuestro hogar.

—¿En serio vamos a tener nuestra propia casa?

—Te vas a casar con el capataz del Triple K. ¡Por supuesto que tendremos nuestra propia casa! —dijo con fingida arrogancia—. Y seremos muy felices juntos, y tendremos muchos hijos.

—Y comeremos perdices —terminé yo, sonriendo, antes de besarlo.

Sí, seríamos felices y formaríamos una gran familia, un regalo inesperado que no esperaba encontrar nunca en mi camino.

Si disfrutas de la novela erótica sin tabúes ni censuras, atrévete a pasar por la web de DirtyBooks y empápate con sus novelas.

<http://sophiewestautora.wixsite.com/dirtybooks>

Si te gustan las novelas románticas llenas de ternura, pásate por la web de Sweetystories y estate atenta a sus novedades.

<http://sophiewestautora.wixsite.com/sweetystories>

También puedes darte una vuelta por nuestro blog.

<https://dirtybookssite.wordpress.com/>

Seguirnos en nuestra página de Facebook

<https://www.facebook.com/DBdirtyBooks/>

o en el Twitter

<https://twitter.com/@DBdirtybooks/>

Muchas gracias por leer una novela de DirtyBooks.

Table of Contents

[Contenido](#)

[Portadilla](#)

[Información](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Dirtybooks](#)